LOS HIJOS DE SATANÁS,

Ó

EL DIABLO ANDA EN CANTILLANA.

comedia en tres actos

DE

D. Cárlos Carcía Doncel

Y

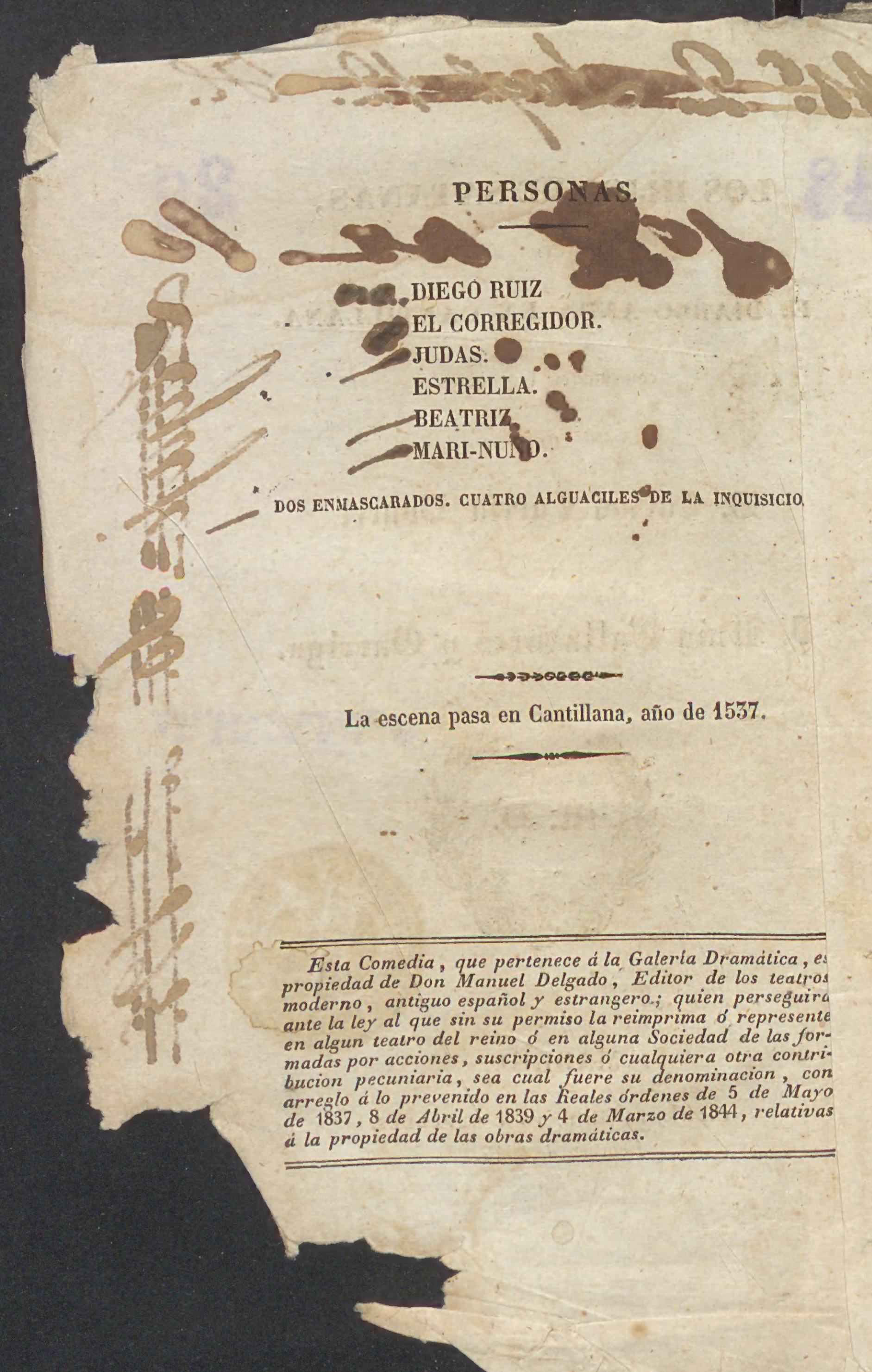
D. Luis Valladares y Garriga.



MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ REPULLÉS.

Febrero de 1845.



PERSONAS.

DIEGO RUIZ
EL CORREGIDOR.
JUDAS.
ESTRELLA.
BEATRIZ.
MARI-NUÑO.

DOS ENMASCARADOS. CUATRO ALGUACILES DE LA INQUISICIO.

La escena pasa en Cantillana, año de 1537.



Acto primero.

*Sa en casa del corregidor con una puerta en el fon-
lo, y otra á la derecha que da á una alcoba: es de
ioche y hay luz sobre la mesa.*

ESCENA PRIMERA.

EL CORREGIDOR. MARI-NUÑO.

orreg. Calle la dueña, y cuidado
con levantarme la voz,
ó dispondré contra ella...
lari-N. ¿Un mandato de prision?
'orreg. Puede ser.
lari-N. ¿Tambien conmigo
la echa de corregidor?
Correg. ¡Mari-Nuño!
Mari-N. ¡Ay! ¡cómo mudan
los tiempos, válgame Dios!
Correg. Para eso que nunca muda
vuestra infernal condicion.
Mari-N. No le pareció tan áspera
al bueno de mi señor
en tiempo de su escudero
Nuño Hernandez de Chinchon,
mi tercer difunto: el pobre
de puros celos murió;
y yo tan tonta... ¡ah! los hombres,
los hombres no tienen hoy
conciencia...

Correg. Vuelta á lo mismo.
Mari-N. Palabra ni pundonor.
¡Ya se ve...! yo entonces era
lozana como el boton
de una rosa, y no ocultaban
las gracias que Dios me dió,
estas condenadas tocas
que solo llevo por vos.
Correg. ¿Por mi?
Mari-N. Por vos, que debierais
en conciencia y ley de Dios
de mi viudez prematura
ser el cuarto redentor.
Correg. ¡Animas del purgatorio!
Mari-N. Pero como yo no soy
rica, y Estrella es mas niña,
y le cuesta á su tutor
abandonar los escudos
que su padre la dejó,
ganados sabe Dios cómo,
segun es pública voz,
por eso soy importuna,
y es insufrible mi humor,
se me insulta y... ¡cómo mudan
los tiempos, válgame Dios!
Correg. ¿Acabásteis de charlar?
Mari-N. Pero no se hará esa union:
porque ella no puede amaros,
y no es justo...
Correg. ¿Cómo no?
¿Quiere saber lo que es justo
mejor que un corregidor?
Todo el mundo en Cantillana
oye obediente mi voz,
y Estrella debe de amarme,
basta que lo mande yo:
ademas estoy seguro
que me tiene inclinacion.
Mari-N. ¡Inclinacion! ¿cómo puede
unirse la noche al sol,
ni sus quince primaveras
con vuestras setenta y dos?

Correg. Ella no ha visto mas hombres
que á mí y á su confesor.

Mari-N. Gracias á que la teneis
guardada como en prision;
pero es traviesa...

Correg. Es sencilla.

Mari-N. Hablando aqui entre los dos,
¿no temeis que se parezca
á su padre, que adquirió
en artes y hechicerías
tan triste reputacion?

Correg. Esos son cuentos.

Mari-N. ¡Sí, cuentos!
Dicen que era el buen señor
alquimista y algo mas,
y que aun despues que murió
su alma no ha desalojado
del todo la habitacion
contigua, que era la suya,
y que ninguno ocupó.
Lo cierto es que por las noches
se oye un estraño rumor,
y segun dicen por él
aquel refran se inventó
de: «*El diablo anda en Cantillana.*»

Correg. ¡El diablo es tu relacion,
vieja loca!

Mari-N. Bien; yo cumplo
con decirlo; quiera Dios
que el alma de Alonso Sanchez
no se cuele de rondon
un dia por las paredes,
y con temerosa voz
os demande estrecha cuenta
de vuestra administracion;
veremos á ver si entonces
la echais de corregidor.

Correg. Se la echaré al mismo diablo,
pues que para eso lo soy.
Vé al punto á llamar á Estrella.

Mari-N. ¡Para eso he quedado yo,
para introductora!

Correg. ¡Calle!
y cumpla su obligacion.
Mari-N. El alma de Alonso Sanchez
sabrá vengarme de vos. (*Vase.*)

ESCENA II.

EL CORREGIDOR.

¡Asi cargue con tu cuerpo,
maldita vieja... Pues no
las tengo todas conmigo.
Yo fui nombrado tutor
porque aqui no quiso nadie
cargar con tal comision,
á pesar de los escudos
que el buen Alonso dejó.
Y aunque corre en Cantillana
por muy válida esa voz,
tanto que nadie ha querido
dar por la casa un doblon,
los del buen Alonso tienen
medida, peso y valor.
Si estos eran sus encantos,
encantado me vea yo.
Pero aqui brincando viene
mi pupilla... ¡qué candor!
luego dirán... ¡vaya, vaya!!
hablillas del vulgo son.

ESCENA III.

EL CORREGIDOR. ESTRELLA.

Estrella. Señor tutor...
Correg. Ven aqui.
Estrella. ¿Qué me teneis que mandar?
Correg. Con juicio me has de escuchar:
siéntate.
Estrella. Estoy bien asi,
señor tutor.
Correg. No ha de ser.
Estrella. Como estoy desde la aurora

encerrada, tengo ahora
unas ganas de correr...

(*Corre por todo el teatro dando vueltas al rededor del tutor.*)

Correg. ¡Juicio! ¡juicio! (*Ap.*) ¡Qué sencilla!
Estrella. ¡Me gusta tanto brincar!
si vierais... ¿quereis jugar
conmigo á la coscojilla?
Correg. ¡Cómo! yo...
Estrella. No cuesta nada:
miradme á mí; una, dos, tres...
Ahora vos...
Correg. Quita: no ves
que daré una costalada...
Estrella. ¿Qué importa? tanto mejor.
Con eso me hareis reir.
Correg. ¡Me gusta! ¿con que es decir...
Estrella. ¡Qué cara de inquisidor!
¡Ja, ja, ja!
Correg. Apenas lo creo:
¿te burlas?
Estrella. ¿Pues no lo veis?
Correg. ¿Cómo es eso?
Estrella. ¡Si os poneis
para reñirme tan feo!
Correg. Tu sencilla condicion
mi justo enojo reporta:
pero oye lo que te importa.
Estrella. Ya va á empezar el sermon.
Correg. Ya sabes cómo ha cuidado
de tu mísera horfandad
tan solo por caridad
mi amor desinteresado:
y para que á todo atienda
es tiempo ya de que aspire
á darte esposo, que mire
por tu virtud y tu hacienda.
Estrella. ¿Con que me voy á casar?
¡Qué bueno!
Correg. Una niña honrada,
recogida y bien criada,
debe ese gozo ocultar.

Estrella. ¿Por qué, si aqui me condeno?
Tendré libertad, regalo;
no habrá mas tutela.

Correg. (*Ap.*) ¡Malo!

Estrella. ¡Ay! ¡os quiero tanto!

Correg. (*Ap.*) ¡Bueno!
(*Alto.*)
Por eso mi afecto cuida
de elegirte un buen partido.

Estrella. Y dígame ucé, ¿un marido
es cosa muy divertida?

Correg. De puro sencilla peca:
¡á no haberla yo educado!

Estrella. ¡Como yo solo he jugado
á novios con mi muñeca!

Correg. Pues yo esplicártelo puedo.
Al marido amar es ley,
y temerle como al rey,
y obedecerle...

Estrella. ¡Ay! ¡qué miedo!

Correg. Debe ser hombre mayor,
no mozo ni espadachin,
un hombre... como yo, en fin.

Estrella. Si ucé no es hombre, es tutor.

Correg. ¡Oiga! Eso es ya demasiado.
Sabe, en fin, pues es forzoso,
que soy yo, Estrella, el esposo
que te tengo destinado.

Estrella. (*Levantándose asustada.*)
¡Ay! ¿vos?

Correg. Sí: ¿de qué te pasmas?

Estrella. Casarme con vos no puedo.

Correg. ¿Por qué?

Estrella. Porque tengo miedo
á visiones y fantasmas.

Correg. ¿Fantasma yo? Desacatos
no sufro.

Estrella. ¿No pareceis
con la cara que teneis
á la sombra de Pilatos?

Correg. ¡Estrella...! pero hago mal
en enfadarme por esto.

Piensa en lo que te ha propuesto
mi cariño paternal:
que asi tu suerte mejora
y que en ello te hago honor.
Muger de un corregidor...

Estrella. ¿Y seré corregidora?
Correg. Pues es claro.
Estrella. ¿Cierto?
Correg. Sí.
Estrella. ¿Y mandaré?
Correg. Concedido.
Estrella. Pues destierro á mi marido
á veinte leguas de mí.
Correg. ¡Pues me gusta la aprension!
Tu cabeza no está buena.
Estrella. O conmutaré la pena
en una estrecha prision.
Correg. No hay mas: su juicio vacila.
Estrella. Ya vereis cuál sabe ahora
vengar la corregidora
agravios de la pupila.
Correg. ¡Atrevida!
Estrella. Y aun no es todo:
porque habeis de enamorarme,
y servirme y festejarme
con sumision y con modo.
Suspirar y tener lances,
celos, riñas y temores,
y todos los sinsabores
que cuentan en los romances.
No me tratareis grosero,
pues que vuestra dama soy,
y para empezar desde hoy,
afuera, afuera el sombrero.
(*Se lo quita y lo arroja.*)
Correg. (*Cogiéndolo.*)
¡Qué atrevimiento! (*Ap.*) Por mas
que su inocencia me cuadre,
me temo que por su padre
tiene algo de Satanás.
Estrella. ¡Qué ojos me echais!
Correg. Y debiera

castigar tu demasía;
pero mi cuidado fia
de que será la postrera.
Mudando de condicion
cesarán tales estremos:
mañana nos casaremos
sin tregua mi apelacion.

(*Vase. Estrella, que se habia retirado al otro estremo del teatro, le sigue de puntillas hasta la puerta, donde permanece observando hasta que se aleja.*)

ESCENA IV.

ESTRELLA. MARI-NUÑO.

Estrella. (*Llamando desde la puerta.*) ¡Mari-Nuño! ¡Mari-Nuño!

Mari-Nuño. (*Saliendo.*) ¿Qué hay? ¿se fue ya? ¡Dios nos socorra! ¿Qué os ha dicho? ¿Qué ha sucedido? He sentido desde mi cuarto unas carreras... unas voces... parecia que andaba el diablo por esta sala.

Estrella. ¡Ay! ¡Mari-Nuño de mi alma! Ya no hay remedio: se ha empeñado en casarse conmigo, y se casará... ¡ya lo verás como se casa!

Mari-Nuño. ¡No permita Dios que tal vea! ¡pues no faltaba mas! Qué pronto se apuran las doncellitas de hoy dia... En mis tiempos era otra cosa... Me acuerdo que cuando Rodrigo Perez, mi primer difunto, me galanteaba...

Estrella. ¡Ya empiezas con tus difuntos, como si los vivos no nos dieran bastante que hacer!

Mari-Nuño. ¿Con que no habeis podido disuadirlo?

Estrella. ¡Imposible! En vano me he manifestado mas niña, mas traviesa, mas atrevida, mas tonta que nunca: en vano he afectado no comprender la importancia de la declaracion que me hacia... ¡es tan duro de cabeza...!

Mari-Nuño. Como de corazon: ¡á quién se lo decís!

Estrella. Solo anhela el momento de verse dueño absoluto de mi caudal, y ha fijado la boda para mañana mismo.

Mari-Nuño. ¡Mañana! por Santa Escolástica, que no será; no señor, no lo permitiré: para eso he estado yo quin-

ce años arrastrando bayetas, y consumiéndome, y sufriéndole sus impertinencias: ¡desdichada de mí!

Estrella. Es preciso tomar una determinacion.

Mari-Nuño. Eso digo yo... y eso mismo decia mi difunto cuando me robó del convento. Se empeñaban en que profesara, y yo...

Estrella. No es ahora tiempo de historias. ¿Has visto á Judas?

Mari-Nuño. Esta mañana al salir de misa me dió el agua bendita... ¡y luego dirán que el pobre chico está en relacion con los malos espíritus...! ¡Parecia un querubin!

Estrella. Patrañas del pueblo. Tambien de mi buen padre decian lo mismo, porque era astrólogo. Aunque á veces no sé qué pensar... está tan distraido, tan meditabundo, y me mira de una manera...

Mari-Nuño. ¡El pobrecillo os quiere tanto...!

Estrella. ¡Ah! lo que es eso yo tambien. ¿Y te ha dicho si vendrá esta noche á hablar por la reja?

Mari-Nuño. Mucho mejor: parece que tiene que deciros cosas interesantes, y que procurará entrar en casa mientras el corregidor ronda por la villa... ya no debe tardar.

Estrella. ¡Ay Dios mio! ¿y si le descubren? ¡Aqui, que nunca entra ningun hombre!

Mari-Nuño. No tengais cuidado: creo que cuenta con un medio seguro para introducirse, y que no tuvo tiempo de esplicarme.

Estrella. ¡Dios lo quiera! ¿Me quiere mucho, no es verdad? Pero es tan confiado, tan tonto...

Mari-Nuño. ¡Miren qué falta para marido! Dios haya perdonado á mi tercer difunto... digo, no, que fue el primero... me parece que fue el segundo... en fin, no me acuerdo cuál de los tres era el tonto.

Estrella. ¿Y qué tendrá que decirme?

Mari-Nuño. Pues no tiene mucho que adivinar: que os ama mas cada dia, que está cansado de esperar y de sufrir las ridiculeces y exorcismos de su padre adoptivo, que vos debeis estarlo tambien de la tirania de vuestro tutor, que el mundo es ancho, que el santo matrimonio todo lo justifica, y que si le amais, como decís, debeis huir con él al momento, sin dilacion, quizá esta misma noche.

Estrella. ¿Esta noche?
Mari-Nuño. O resignaros á ser corregidora.
Estrella. ¡Dios me libre! ¿Con que no hay otro remedio? ¡Ay Mari-Nuño, es tan arriesgado este paso! ¿adónde huir? ¿con qué recursos? sin dinero, sin alhajas...
Mari-Nuño. Judas habrá previsto todo eso; porque lo que es con la plata de vuestro tutor, ó mejor diré vuestra, no hay que contar: estoy segura de que no la ha visto el sol, ni alma viviente sabe dónde la oculta: pero si pudiéramos descubrirlo...
Estrella. ¡Ah! no: es muy arriesgado, solo de pensarlo tiemblo... ¿Has oido?
Mari-Nuño. Alguien se acerca.
Estrella. ¿Será él?
Mari-Nuño. Pues claro está... ¡eh! por aqui... ¡uy! ¡qué vision!

ESCENA V.

ESTRELLA. MARI-NUÑO. JUDAS, *vestido de alguacil.*

Estrella. ¿Tú de ese modo?
Judas. Sí, Estrella.
Perdona si me atreví
á presentarme á tu vista
con trage tan incivil.
Estrella. ¿Pero qué humorada es esa?
Judas. Es un amoroso ardid.
Milagros de tu hermosura;
pues solo por verte á tí
el amor por vez primera
se disfraza de alguacil.
Mari-N. Ninguno de mis difuntos
hizo otro tanto por mí.
Estrella. ¡Para locuras estamos!
Judas. El disfraz es algo ruin:
¿pero qué hacer? ¡ni aun la sombra
de un hombre penetra aqui!
por eso me fue preciso
vestirme de ministril,
que goza del privilegio
de poderse introducir,

sin duda porque no es hombre,
sino es una cosa... asi...
como gato por las uñas,
y duende por lo sutil.
Con que, Estrella de mis ojos...

Estrella. ¡Judas! ¡soy muy infeliz!
Mi tutor quiere casarse
conmigo.

Judas. ¿Qué dices?

Estrella. Sí.
Mañana se hará la boda.

Judas. Y tendrá su vida fin:
que busque un agonizante
que le ayude á bien morir.
¿Ese vejestorio quiere
unir su invierno á tu abril?
¡Y me lo dices tan fresca!

Estrella. ¿Pues cómo lo he de decir?

Judas. ¿Cómo? Bramando de cólera,
dándote á doscientos mil
demonios... pero mas vale
que te des tan solo á mí,
que al cabo soy de la raza,
segun han dado en decir.

Mari-N. ¡Jesus!

Estrella. ¡Quita! ¿cómo hablas
de tales cosas asi?

Mari-N. Dice bien.

Judas. Porque estoy harto
de oírmelo repetir.

Mari-N. ¿Con que aun sigue en su manía
vuestro padre Diego Ruiz?

Judas. Sobre todo desde anoche,
que al separarme de tí
hallé la puerta cerrada,
y por no dar que decir
ni pasar la noche al fresco,
hasta el granero subí;
y saliéndome al tejado
luego me dejé escurrir
por la chimenea: pero
mi padre, que estaba alli,

retrocedió haciendo cruces
al verme entre humo salir,
pisando sobre las ascuas
cubierto el rostro de ollin.

Mari-N. ¡Ya lo creo!

Judas. Desde entonces
no me ha dejado vivir.
Me persigue á todas partes
recitando el *parce mihi:*
me empapa en agua bendita,
y me conjura en latin;
tanto, que ya voy creyendo
que algun diablo vive en mí...

Estrella. Calla.

Judas. Sobre todo, al verme
trasformado en alguacil.
Estrella, si participas
de mi amante frenesí,
hoy mismo podrán tener
nuestras desventuras fin.
Vente conmigo á Sevilla,
y salvaremos asi
mi vida, que está en un tras,
nuestro amor, que está en un tris.

Estrella. ¿Pero cómo?

Judas. Saltaremos
por las tapias del jardin.

Estrella. ¡Qué miedo! ¿Y si fuera cierto
lo que se dice de tí?

Judas. ¿Entre tu tutor y el diablo,
dudarás en elegir?

Estrella. No, huyamos: ¿mas con qué medios?

Judas. Una caja traigo aqui
que contiene algunas joyas.

Estrella. ¿De quién son?

Judas. De Beatriz,
mi madre adoptiva.

Estrella. ¡Un robo!

Judas. No: una vez la sorprendi
mirándolas, y me dijo
que si llegaba á morir
escondiese esta cajita

de su esposo Diego Ruiz,
y la guardase en memoria
de su cariño; y asi
mejor es sin que se muera
con su voluntad cumplir.
¿No te parece?

Mari-N. Veamos
lo que contiene.

Judas. No dí
con la llave; mas se puede
sin dificultad abrir
forzando la cerradura.

Estrella. ¿Para qué?

Correg. (*Dentro.*) ¡Luces aqui!

Estrella. ¡Cielos!

Mari-N. ¡El tutor!

Judas. Yo escapo.

Mari-N. (*Deteniéndole.*)
Ya no es posible salir
sin que os encuentre.

Estrella. ¡Dios mio!

Judas. Me esconderé.

Estrella. ¿Dónde?

Judas. (*Señalando á la puerta de la derecha.*) Alli.

Estrella. Es su alcoba, y no hay salida;
si entra te va á descubrir.

Mari-N. Ya viene.

Judas. Mira, en el hueco
de esa ventana.

Estrella. Sí, sí.

Judas. (*Escondiéndose en la ventana que está algo levantada del suelo.*)
¡Cómo llueve!

Estrella. Correré
la cortina.

Judas. ¡San Dionís!
Si me descubre...

Estrella. Sé mudo,
ó me perderás á mí.

Judas. ¡Si el diablo con que me asustan
me quisiera ahora acudir!

(*Se ve un relámpago por la ventana, y poco despues suc-*

na un trueno lejano; el ruido de la lluvia aumenta.)

Mari-N. ¡Santa Bárbara!

Estrella. ¡Jesus!

Judas. Ya responde.

Mari-N. Ya está aqui.

Judas. ¿Quién, el diablo?

Mari-N. El tutor.

Estrella. (*A Judas.*) ¡Calla!

Judas. Pues no tardará en venir.

ESCENA VI.

ESTRELLA. MARI-NUÑO. EL CORREGIDOR. JUDAS, *escondido.*

Corregidor. (*Entrando.*) ¿Cómo es esto? ¡las dos aqui! ¿qué teneis que hacer á estas horas en mi aposento?

Estrella. Señor tutor...

Mari-Nuño. Es que...

Corregidor. Es que no me gustan estos conciliábulos. Despejad al momento; ya es hora de recogerse y de dormir.

Estrella. ¡Dormir¡ ¿y quién puede dormir con esta noche...? tengo tanto miedo á los truenos... por eso llamé á Mari-Nuño para que me hiciese compañía.

Mari-Nuño. Y por ser una buena y condescendiente, y...

Corregidor. Todo lo que quieras; pero vete de aqui cuanto antes. Tú, Estrella, recógete tambien, ya sabes que mañana... en fin, ya me entiendes. (*Cruza un relámpago, y la tempestad va en aumento hasta el fin del acto.*)

Estrella. ¡Ay! ¿no ois? ¡qué miedo!

Corregidor. ¡Ea! dejadme en paz, que ya tengo ganas de estar solo.

Estrella. (*Bajo á Mari-Nuño.*) ¿Y le dejaremos aqui con él? Le va á descubrir.

Mari-Nuño. Mucho lo temo.

Estrella. Yo no me voy.

Mari-Nuño. Ni yo.

Corregidor. (*Volviéndose.*) ¡Todavia estais aqui! ¿Qué significa esto?

Estrella. ¿Qué le diremos?

Mari-Nuño. (*A Estrella.*) Dejadme á mí.

Corregidor. ¿No respondeis?

Mari-Nuño. ¡Jesus qué génio! ya nos vamos... pero ¡ay Dios! ahora que me acuerdo, aun no está aderezada vuestra cama... ¡qué memoria...! y querreis acostaros...

Corregidor. ¡Pues digo! si te parece... mas valia que no charlaras tanto y...

Mari-Nuño. En un momento está hecha.

Estrella. Yo te ayudaré.

Mari-Nuño. (*Bajo á Estrella.*) Desde allí podemos estar á la mira. (*Se dirigen á la puerta de la derecha, y se oyen fuertes aldabonazos en la puerta de la calle.*)

Corregidor. Vé antes á ver quién llama. (*A Mari-Nuño.*)

Mari-Nuño. ¿Quién podrá ser á estas horas? (*A Estrella.*) Entrad, que ya vuelvo. (*Mari-Nuño se va por el fondo. Estrella entra en el cuarto de la derecha.*)

ESCENA VII.

EL CORREGIDOR.

¿Quién me buscará á estas horas con tanta prisa? alguno que reclama mi autoridad... bien podian hacerse cargo de que la justicia necesita dormir, ó no estrañar que se duerma á veces fuera de tiempo. (*A Mari-Nuño, que vuelve.*) Y bien, ¿quién es?

ESCENA VIII.

EL CORREGIDOR. MARI-NUÑO.

Mari-Nuño. Un hombre y una muger que se dicen vecinos de esta villa, y quieren hablaros.

Corregidor. ¿Para qué?

Mari-Nuño. No he podido entenderlos; porque los dos hablan á un tiempo, y no parecen muy acordes.

Corregidor. Alguna quimera conyugal. (*Ap.*) Mal agüero en la víspera de mis bodas. (*Alto.*) Di que entren.

Mari-Nuño. Pero no sería mejor que salieseis á decirlos...

Corregidor. No hable de lo que no entiende, y obedezca.

Mari-Nuño. Aqui estan ya. (*Ap.*) ¡Qué nuevo contratiempo! (*Entra en la alcoba, y aparecen Diego y Beatriz por el fondo.*)

ESCENA IX.

EL CORREGIDOR. DIEGO. BEATRIZ.

Diego. Señor juez.
Beatriz. Señor corregidor.
Diego. Mande V. S. callar á mi muger.
Beatriz. No haga V. S. caso de lo que va á decirle mi marido.
Diego. Mi muger está loca.
Beatriz. Mi marido no sabe lo que se dice.
Diego. Yo tengo un hijo.
Beatriz. Diga V. S. que no es verdad.
Corregidor. Nadie puede saberlo mejor que ella. Pero entendámonos... ¿de qué se trata...? hablad uno tras otro.
Diego. Yo debo hablar primero.
Beatriz. No señor, que yo tengo mas razon.
Diego. Lo que tienes es mas lengua. Si no manda V. S. echar de aqui á mi muger no nos entenderemos nunca, ni yo podré esplicarme. (*Con misterio.*) Tengo que hacer á V. S. una terrible revelacion.
Corregidor. ¡Diantre! ¿Con que es cosa seria?
Beatriz. Mi marido quiere perderse.
Diego. Quiero cumplir con mi deber de buen súbdito del emperador, y de la santa iglesia católica, apostólica, romana, á que pertenezco.
Beatriz. Os va á decir mil sandeces.
Corregidor. ¡Salid! luego os oiré á vos.
Beatriz. Pero si yo quiero hablar ahora.
Diego. Importa que estemos solos.
Corregidor. Salid os digo.
Beatriz. Bien; ya me marcho; pero Dios quiera que hasta V. S. mismo no tenga que sentir si le hace caso.
Corregidor. La justicia no teme á nadie.
Beatriz. La justicia de la tierra nada puede contra el poder del infierno. (*Vase por el fondo.*)

ESCENA X.

EL CORREGIDOR. DIEGO.

Correg. ¡Oiga! ¿y qué tiene que ver
con este asunto el infierno?

Diego. ¿Que si tiene? ¡Dios eterno!
No habla al aire mi muger.
Solo de pensarlo sudo
y consumiéndome voy.
¡Señor! la víctima soy
de un demonio testarudo,
que con enredos prolijos
mi eterna salud embarga;
y me persigue y me encarga
la educacion de sus hijos.
Correg. ¿Qué estais diciendo?
Diego. No hay mas.
Quince años hace, señor,
que fuí nombrado tutor
de un hijo de Satanás.
Correg. ¿Qué oigo...? mas tales estremos
de locura dan indició.
El miedo os trastorna el juicio.
Diego. ¡Miedo yo...! y bien, ¿qué tenemos?
Con harta razon me acosa;
fuí soldado, y de los rudos,
me trago á los hombres crudos,
pero al diablo es otra cosa:
que al cabo nadie es eterno,
ni muestra igual corazon
que á la boca de un cañon
á la boca del infierno.
Habérselas con el diablo
fuera locura y no poca;
mas si alguno me provoca,
¡vive el cielo...!
Correg. ¡Guarda, Pablo!
Diego. No es de cobarde ni loco
tener miedo á Belcebú,
seor garnacha.
Correg. (*Ap.*) Ni tampoco
á los hombres como tú.
(*Alto.*) Respete mi autoridad.
Diego. Teneis razon, me propaso:
pero el caso...
Correg. Y qué es el caso,
dígalo con brevedad.

Diego. A eso voy, y Dios me asista;
que yo acudo á vos leal
contra esa trama infernal.
Correg. ¿Pues soy yo acaso exorcista?
Diego. No; pero oidme.
Correg. Decid.
Diego. Quince años hace contados
que tal vez por mis pecados
me casé en Valladolid;
y aqui entra mi parasismo,
porque con mi matrimonio
se me entró en casa el demonio.
Correg. ¡A cuántos pasa lo mismo!
¿Con que la muger...?
Diego. No es eso.
Ved si con razon me aflijo:
lo que se me entró fue un hijo
del demonio en carne y hueso.
Correg. ¡Pero hombre!
Diego. Tan solo un dia
llevaba yo de casado,
y de mi consorte al lado
tranquilo sueño dormia.
Era una noche tremenda
de relámpagos y truenos,
y de las nubes los senos
se abrian con furia horrenda;
repicaba el campanario,
bramaba la tempestad,
como esta noche... es verdad
que hoy es el aniversario.
Correg. ¿De qué?
Diego. Del caso fatal.
Apenas de un año sé
que Satanás no me dé
esta música infernal.
Correg. ¿Y bien?
Diego. Estaba dormido
de mi desventura ageno,
cuando me despierta un trueno
y oigo á mi lado un berrido.
Trémulo acerqué la luz,

y hallo un infante en mi cama,
que gruñe, patea y brama
á la señal de la cruz,
que yo hice con gran fervor
al contemplar asombrado
aquel fruto anticipado
de mi conyugal amor.
Mi muger tambien despierta,
temblando al engendro mira,
y me pregunta, y se admira
de miedo y espanto muerta.
De repente un trueno estalla,
yo del susto pierdo el tino,
y este infernal pergamino
entre mis manos se halla
sin saber cómo.
(*Saca un pergamino de forma triangular.*)

Correg. ¿Qué es esto?
A ver... (*Examinándole.*) Estraña figura
de carta.

Diego. Y es su estructura
muy conforme con el testo.

Correg. (*Examinándolo.*)
Figuras del alcorán
y signos de nigromancia.

Diego. Y aun le falta la fragancia
del azufre y alquitran,
que ha perdido con los años.

Correg. ¿Y estos renglones, qué dicen?

Diego. Mis desventuras predicen
entre dibujos estraños.
Es el tutorial poder
que me da el rey del abismo;
la partida de bautismo
del hijo de Lucifer.
¡Desventurado de mí!

Correg. Sin duda que es serio el lance:
y la carta está en romance.

Diego. Leed, señor.

Correg. Y dice asi.
(*Lee.*) «El que en las tinieblas reina,
el que las esferas surca,

el que los astros derriba,
el que en los rayos fulgura
y en el huracan cabalga,
te manda esta prenda suya.
Le abortó la tempestad,
le engendró la desventura,
le da su amparo el infierno
y tiene por nombre Judas.
Si procuras saber mas,
si este secreto divulgas,
¡ay de tí! ni el pensamiento
de mis miradas se oculta,
y un misterioso conjuro
une tu suerte á la suya.
¡Ay de tí si le abandonas
ó desamparas su cuna!
¡Ay de tí si le maltratas,
le despides ó le ocultas!
¡Ay de tí, Diego, ay de tí
si llega á perderse Judas!»

Diego. ¡Qué tal! ¿habrá quien lo crea?

Correg. Cierto, que el caso es muy serio,
y que encierra algun misterio
como una burla no sea.

Diego. ¡Ay! no señor; eso mismo
pensé yo mas sosegado,
y con ánimo esforzado
armándome de heroismo,
cogí el monstruo por el talle,
en un saco le encerré,
y saliendo le planté
sin mas ni mas en la calle.
Cuando á la noche siguiente
le hallo en el mismo lugar,
volviéndome á despertar
con un gruñido insolente.
Salto del lecho aturdido,
y con el temblor y el miedo
derribo la luz, y quedo
en tinieblas sumergido.
Entonces entre las mudas
sombras, esta voz oí:

« ¡ ay de tí, Diego, ay de tí
si llega á perderse Judas! »

Correg. ¡ Qué diantre ! ¿ sí será cierto ?

Diego. Ligado asi por mi mal
á ese poder infernal,
no hago nada con concierto.
El chico en tanto crecia
de modo que espanto daba;
á los tres meses hablaba,
y á los seis meses corria.
Tragaba de un modo atroz,
y me afirmó mas y mas
que era hijo de Satanás
su desarrollo precoz.

Correg. ¡ Qué espanto !

Diego. En vano con maña,
por ver si era algun ardid,
dejando á Valladolid
he corrido media España.
Do quier que llegaba errante
me alcanzaba Satanás:
si dejaba el chico atrás
me lo encontraba delante.
Y cada mes su menage
el diablo renueva artero,
y en un bolson el dinero
me manda del pupilage.

Correg. ¡ Vamos !

Diego. Es don infernal;
y yo no sé por qué encanto
cuanto recibo, otro tanto
disminuye mi caudal.

Correg. Algo pesada es la broma.
Allá se debe de usar
ese modo de pagar.

Diego. Ya veis si es mala carcoma.
Y de esa voz sobrehumana
sin descanso perseguido,
á establecerme he venido
hace un mes á Cantillana.
En donde mi espanto crece;
porque el chico está mas triste,

á mis conjuros resiste
y de noche desparece:
como las brujas se olea,
y vuela que es un portento;
anoche le vi, y no es cuento,
bajar por la chimenea.

Correg. ¿Y bien, qué pensais hacer?

Diego. ¿Qué? con vuestra proteccion
llevarle á la inquision.

Correg. Soy del mismo parecer.
¿Mas no temeis, si se enoja,
de su padre el maleficio?

Diego. No, con tal que el santo oficio
bajo su amparo me acoja.
Y la acusacion entablo
con un poco de valor,
que al cabo un inquisidor
se entenderá con el diablo,
y le sabrá apaciguar,
pues tanto con él se avienen.

Correg. ¿Qué decís?

Diego. Como ambos tienen
el oficio de tostar...

Correg. ¡Eh! no pierda los estribos,
no hable tales desaciertos:
el diablo tuesta á los muertos,
la inquisicion á los vivos.

Diego. Eso es lo que mas me incita.
¡Que le quemen, voto á san...!
y me libro de Satan...
(*Suena un trueno fuerte.*)
¡Santa Bárbara bendita!
Si ahora al padre le da gana
de entrar á cuentas conmigo...

Correg. Nada temais.

Diego. ¿No lo digo?
llamando está á la ventana.

Correg. Es que la sacude el viento.

Diego. Y la va á sacar de quicio.
¡Dicho y hecho!

(*Suena un trueno mas fuerte que el anterior, y se abre la ventana con estrépito: la cortina se levan-*

ta, y Judas queda descubierto saltando á la escena.)

Correg. ¡Uy! ¡qué estropicio!

Judas. (*Ap. saltando.*)
¡Válgame el descendimiento!

Correg. (*Al verle, asustado.*)
¡Jesus!

Diego. ¡Animas desnudas!
no me abandoneis.

Judas. (*Temblando.*) ¡Ni á mí!

(*Los tres se quedan temblando sin atreverse á hablar, y se oye una voz lúgubre en la calle.*)

Voz. «¡Ay de tí, Diego, ay de tí
si llega á perderse Judas!»

ESCENA XI.

EL CORREGIDOR. DIEGO. JUDAS.

Diego. (*Acercándose al corregidor y con misterio.*)
¡Él es!

Correg. (*Id.*) Sí, ya lo presumo,
por la entrada que ha elegido.

Diego. Y tambien por el vestido.

Correg. Por la voz.

Diego. Y por el humo.

Judas. (*Acercándose.*)
Yo pido á ucedes perdon...
(*Dirigiéndose á Diego.*)

Diego. Aparta, monstruo infernal.

Correg. Huye, engendro de Belial.

Judas. Pero...

Diego. ¡Aparta por Pluton!

Correg. Por los espíritus puros...

Judas. Señores, una palabra...

Diego. ¡Y por el Abracadabra!
conjuro de los conjuros.

Judas. Bien; ya callo, y no me muevo.

Diego. Este conjuro respeta.

Correg. (*Dándole un cordon que habrá sobre la mesa.*)
Pues ahora se le sujeta.
¿A qué aguardais?

Diego. No me atrevo.
Si contra mí se avalanza...

Vos le debeis mas temor,
pues que sois corregidor.

Correg. Vos teneis mas confianza.

Diego. No.

Correg. Se pierde la ocasion.

Diego. Los dos.

Correg. Bien.

Judas. Fue sin malicia...

Diego. (*Avalanzándose á él.*)
¡Calla!

Correg. (*Id.*) Date á la justicia
del rey y la inquisicion.

Judas. ¡Ay! ¿pues cuál es mi delito?

Correg. Ya lo sabrás en la hoguera.

Judas. ¡Vaya un gesto de pantera!
Padre, y vos...

Diego. ¡Calla, maldito!
no le nombres.

Judas. ¡Suerte exigua!

Correg. Ya está sujeto Luzbel.
Salgamos de aquí con él.

Diego. ¿Dónde?

Correg. A la casa contigua.

Diego. ¿La de Sanchez?

Correg. Sí.

Diego. Perdidos
seremos allí, señor.
Dicen que hay duendes.

Correg. Mejor:
estará entre conocidos.
Salgamos, que el tiempo apremia.

Judas. ¿Qué es esto que por mí pasa?

Correg. Que no me infeste la casa.

Judas. ¿Pues soy yo alguna epidemia?

(*Vanse por el fondo, y al mismo tiempo aparecen por la derecha Estrella y Mari-Nuño asombradas.*)

ESCENA XII.

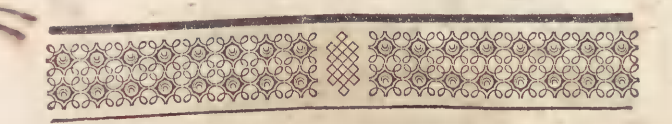
ESTRELLA. MARI-NUÑO.

Mari-N. ¿Oisteis?

Estrella. Todo lo oí.

Mari-N. ¡ Tambien el señor don Blas
le tiene por Satanás!
Estrella. ¿Sí será cierto? ¡ay de mí!
Mari-N. Por fuerza debe de haber
en su existencia un misterio.
Pero el caso no es tan serio
ni anda en ello Lucifer.
Estrella. ¿De veras?
Mari-N. Yo tal malicio.
Estrella. Mas si dan en tal engaño...
Mari-N. Es verdad, no será estraño
que le tueste el santo oficio.
Estrella. ¡Cielos!
Mari-N. (*Reflexionando.*)
Si yo un medio hallara
de libertarle...
Estrella. ¡Infeliz!
Mari-N. ¿Os conoce Diego Ruiz?
Estrella. Nunca me ha visto la cara.
Mari-N. Pues hay medio que le cuadre.
Estrella. ¿De veras? ¿cuál?
Mari-N. Lo urdiré.
Vamos, que no en vano fue
nigromántico tu padre.
(*Vanse por el fondo.*)

FIN DEL PRIMER ACTO.



Acto segundo.

Sala ochavada de una casa antiquísima y desmantelada. En el fondo puerta grande con arco gótico: á la izquierda otra pequeña por el mismo estilo. En la bóveda claravoyas con vidrios rotos: toda la piedra de las paredes está carcomida por la humedad y el tiempo. A la derecha, en primer término, un fogon elevado una cuarta del suelo con la pared muy ahumada, y la campana de la chimenea toda desmoronada. En medio una mesa de piedra en muy mal estado. Sigue la noche y la tempestad con mayor fuerza.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon se oye el ruido de los truenos y el zumbido del aire encerrado en aquella sala desierta: de cuando en cuando se ilumina con la luz de los relámpagos que entra por las claravoyas. A pocos momentos se oye hácia el fondo sonido de llaves y cerrojos y golpear en la puerta del fondo: ábrese esta por fin, y entran EL CORREGIDOR *y* DIEGO *con una linterna cada uno, y* JUDAS *con los brazos atados á la espalda.*

Diego. Premiosa está la puerta.

Corregidor. Como que esta es la primera vez que se abre al cabo de quince años.

Diego. Creí que nunca acabábamos de atravesar callejones y galerías.

Judas. (*Ap.*) ¿Qué irán á hacer conmigo...? no me llega la camisa al cuerpo.

Diego. ¡Qué caseron tan endemoniado!

Corregidor. Algo dicen que tiene de eso: pero son hablillas del vulgo insipiente. Porque su antiguo poseedor, el bueno de Alfonso Sanchez, supo hacer dinero, dieron en decir que tenia pacto con el demonio... ¡sandeces...! ojalá fuera tan cierto que este muchacho no está endemoniado, como no sin harta razon lo presumimos: porque en fin tiene todas las señales que indican los exorcistas y demonógrafos en semejantes casos... estrañas contorsiones... mirada fija... inmovilidad...

Judas. (*Ap.*) ¿Si me irán á enterrar vivo...? estoy mas frio que un carámbano.

Diego. ¿Con que estamos, señor corregidor...?

Corregidor. En que aqui estará depositado hasta que vengan á sacarle los comisionados del santo oficio.

Judas. ¡La inquisicion va á cargar conmigo...! ¿pero yo qué he hecho?

Corregidor. ¡Silencio...! (*A Diego.*) He escogido este parage de la casa, porque es el que mejor tiene acondicionada la puerta, y por consiguiente el mas á propósito para evitar su fuga... aqui acostumbraba á hacer sus operaciones de alquimia el señor Alfonso Sanchez.

Diego. Asi está de lucido el estrado... ¡qué paredes...! ¡qué ajuar..! pero dígame su merced, ¿es verdad lo que cuentan de que su alma...

Corregidor. ¡Patrañas...! á mí nunca se me ha aparecido... verdad es que hoy entro por primera vez despues de su muerte. (*Señalando á la puerta de la izquierda.*) Aqui ha de haber un cuarto sin salida... á ver, alumbradme.

Diego. Si teneis luz en la mano.

Corregidor. Quiero decir que me acompañeis.

Diego. En una palabra, que teneis miedo.

Corregidor. Un corregidor nunca lo tiene; todo lo que hace es por prudencia.

Diego. Lo creo: pues entremos los dos.

Corregidor. (*Abriendo la puerta.*) Entrad.

Diego. ¿Quereis ceder el paso á un súbdito vuestro...? no merezco tanta honra... pasad...

Corregidor. Pues entremos juntos...

Diego. De ese modo lo haré. (*Entran los dos.*)

Judas. (*Solo.*) ¡Y me dejan aqui solo...! Dios mio, ¿qué va á ser de mí...? ¿qué culpa tengo yo en que mi padre ande jugando al escondite sin decir esta cara es mia, y haciendo rabiar á ese caribe que ha tenido que prohijarme que quieras que no...? mas ¿si seré efectivamente hijo del que dicen...? ¡de Satanás...! ¡qué horror...! me queman, no hay remedio: pero á bien que si soy diablo no arderé... (*Tiritando.*) Lo que es ahora no me vendria mal un poco de fuego... aqui vuelven mis verdugos...

Corregidor. (*Saliendo.*) Ni una rendija tiene por donde pueda escapar.

Diego. Pero si su padre le protege...

Corregidor. Hecha he dejado la señal de la cruz en todas las paredes... (*A Judas.*) Vamos, entre adentro.

Judas. ¿Me vais á dejar aqui...? voy á helarme...

Corregidor. La hoguera del santo oficio te calentará pronto.

Judas. ¡No hay duda que el recurso es apetitoso...! por todo lo mas sagrado os pido y encarezco...

Corregidor. Vamos, entre pronto y no blasfeme... (*Le da un empellon y cierra la puerta.*)

Diego. Echemos la llave, y al bolsillo.

ESCENA II.

DIEGO. EL CORREGIDOR.

Corregidor. Ahora os quedareis aqui guardando la puerta.

Diego. ¿Cómo...? yo quedarme aqui...

Corregidor. Hasta que vengan de Sevilla los familiares de la suprema.

Diego. Mejor sería que yo fuese á meterlos prisa.

Corregidor. Vos no podeis ni debeis separaros de aqui.

Diego. Pues para eso mas hubiera valido llevarle á la carcel.

Corregidor. Imposible; porque segun las ordenanzas de Sevilla, título de los jueces delegados y de comision, no se puede llevar á la carcel «sin que primero preceda informacion bastante para lo prender.»

Diego. Pues podia haberse quedado en vuestra casa.

Corregidor. Tampoco. Los hombres vulgares como vos

no saben que segun la primera partida, título noveno, ley segunda, «cae en descomulgacion el que recibiese á los hereges en sus casas ó en sus tierras á sabiendas.»

Diego. No me opongo: pero aunque rudo y sin letras, estoy persuadido de que no hay ninguna ordenanza, ní partida, ni ley, ni cosa que se le parezca, que mande que yo me quede aqui esta noche arrecido de frio, sin cama en que acostarme, y espuesto á recibir la visita del alma en pena que diz que habita esta casa, ó alguna otra que tenga relacion con ese maldito chico que me va á costar la vida.

Corregidor. Por demas me maravilla que un hombre que ha sido soldado, y de los mas valientes, demuestre tanto pavor.

Diego. A fé de Diego que si se tratara de escalar una muralla, de romper un cuadro, ó de tomar una batería, á fé de Diego vuelvo á repetir, que estuviera gastando el tiempo en conversacion; pero con cosas del otro mundo, con espectros y apariciones, tengo miedo, lo confieso... digo, no es miedo... es asi... repugnancia... y luego no he cenado, y ya sabeis que el hambre causa vahidos, y...

Corregidor. Al momento mandaré aviso á vuestra casa para que os traigan algo con que satisfacer el apetito.

Diego. ¿Con que no hay remedio?

Corregidor. Debeis ayudar á la justicia en un asunto que requiere mucho sigilo... ademas nadie está mas interesado que vos en que se aclare... con que asi ojo alerta, y tened cuidado que no se escape.

Diego. Pero y si aparece el demonio... ¡ay! no sabeis lo terrible que es un trance como ese.

Corregidor. Lo sé muy bien, y estoy persuadido que no hace tanto daño como el que se cree, porque he leido la *Oculta philosophia* de Cornelio Agripa, y el libro *De artibus magicis et magorum maleficiis...*

Diego. Buena es la hora y el sitio para andar con latinajos.

Corregidor. ¡Ea! valor y buenas noches... no se diga que Diego el veterano tuvo miedo. (*Vase.*)

ESCENA III.

DIEGO.

Eso es lo que me hace no seguirte... cerremos ante todo la puerta... ¡vaya un sitio lóbrego...! si al menos tuviera alguna comodidad... ¡pero sí, que si quieres...! digo, y las ventanas estan bajas para pedir socorro en caso de apuro... Bien mirado, mas vale pasar una noche mala y librarme para siempre de ese maldito chico.

Judas. (*Dentro.*) ¡Padre!

Diego. ¡Cielos! está llamando á su padre... ahora va á ser ella... vendrá en su auxilio... ¡ánimo! ¿un hombre de mi temple se ha de arredrar de ese modo...? suena ruido... nadie aparece... es el aire... qué necio es uno en tener miedo... (*Mirando á todos lados.*) Nada... estoy solo... son cuentos de viejas todas esas cosas de apariciones... me parece ver una sombra... aprension... el hombre debe hacerse superior y... pues yo oigo pasos, no hay duda... ¿eh? ¿quién va...? cómo zumba el eco... pues señor, está visto que el miedo es la mayor sandez que acomete al hombre... esperemos la cena, y mientras tanto hagamos por encender un poco de fuego en ese fogon que me está convidando... por aqui hay astillas... (*Recogiéndolas.*) Yo no sé cómo hay personas que crean en espectros y fantasmas... (*Volviéndose apresuradamente.*) ¿Quién me llama...? creí escuchar... cuando uno se empeña en tener valor, lo tiene, no hay remedio... (*Pone las astillas en el fogon y canta con voz trémula.*)

Mala la hubisteis, franceses,
en esa de Ronces... valles...

Con la humedad se me ha secado la garganta... (*Encendiendo un papel y poniéndolo entre las astillas.*) La leña es vieja y pronto debe arder... ¿no lo dije...? ¡magnífico! hágome cuenta de que estoy en un campamento y... (*Mirando al rededor.*) Qué horrible aspecto presenta este cuarto á la luz de la llama... (*Suena un trueno fuerte.*) ¡Cielos!

Judas. (*Dentro con voz ahogada.*) ¡Padre!

Diego. Yo no sé dónde ponerme para no oir esa voz... á la tercera acude el padre... de fijo... no puedo quitar los ojos de la puerta... (*Se queda mirando á la puerta del cuarto en que está Judas, y aparece en la pared del fogon una mano que vierte un jarro de agua sobre la lumbre y la apaga: al ruido que hace se vuelve Diego y lo nota, pero sin haber visto la mano.*) ¿Qué es esto...? ¡Dios mio...! han apagado la lumbre... ¡ba! ya presumo lo que es; habrá entrado agua por la chimenea... no hay mas. (*Suena un preludio de arpa.*) ¡Calla! ¿musiquita tenemos...? voy teniendo así una cosa como... como miedo...

Canta una voz dentro.

No temas, mi amor, no temas
que causen tu desventura:
yo romperé tu clausura,
porque me sobra poder.
Y el que se empeñe inhumano
en turbar nuestro cariño,
verá lo que puede un niño
que le ayuda Lucifer.

Judas. (*Dentro.*) Ampárame, Estrella mia...

Diego. (*Temblando.*) ¡Su estrella...! pues, ¡Lucifer...! es su hijo... ¿quién puede ya dudarlo...? en buena estoy metido... ¿quién sabe dónde me van á llevar los demonios... ya huele á azufre que trasciende... (*Suenan pasos hácia el fondo.*) Ya se acercan... (*Golpes en la puerta del fondo.*)

Voz. (*En el fondo.*) ¡Diego!

Diego. Esa voz... no me es desconocida...

Voz. ¡Abre pronto por Dios...!

Diego. ¡Es mi muger...! menos malo... es de todos los diablos el que menos cuidado me da... me traerá la cena. (*Abre la puerta.*)

ESCENA IV.

DIEGO. BEATRIZ.

Beatriz. (*Dejando la cesta y el veloncillo que trae sobre la mesa.*)
¡Ay! no puedo respirar.
Gracias á Dios que te encuentro.
Pensé quedarme allá adentro
muerta de susto y pesar.
¡Que intrincado laberinto
de lóbregos callejones!
¡Qué fantasmas! ¡qué visiones!
del diablo es este recinto.
No en balde tiene opinion
de que está maleficiado,
y el alma de un condenado
habita este caseron.

Diego. (*Asustado.*)
Calla, muger... pero di,
¿es verdad...? (*Ap.*) Hablar no puedo.
Mengua es que sepa mi miedo.
(*Alto y aparentando serenidad.*)
¿Qué aire te trae por aquí?

Beatriz. Me dijo el corregidor
que la cena te mandara,
y porque nadie tocara
ser quise yo el portador.
Mas si hubiera imaginado
el susto que iba á pasar,
no me hicieran aqui entrar...

Diego. (*Mirando al rededor y haciéndose el jaque.*)
¡Ba! el miedo te habrá turbado.
Sandeces del vulgo son:
jamas crédito las dí.
Acá me tienes á mí
con mas alma que Sanson.
(*Ap.*) Percibo un estraño ruido...
(*Alto.*) La muger siempre es medrosa,
se asusta con cualquier cosa
y... (*Ap.*) Cadenas han movido.
(*Alto.*) Bueno fuera que un soldado

crudo como Fierabras
se asustara...
(Ruido de cadenas dentro.)
¡Pues no hay mas!

Beatriz. *(Asustada.)*
¡Ay! ¿escuchaste?

Diego. *(Sin poder tragar la saliva.)*
¡He escuchado!
(Despues de una pausa.)
Ya no suena... ¿con que es cierto
que á tí tambien...?

Beatriz. Ya lo ves;
no dirás que miedo es,
se me ha aparecido un muerto.
A la llama vacilante
que ese candil despedia,
vi en la primer galería
un espectro horripilante.
Pensé que fuera ilusion
de mi conturbada mente;
pero ¡ay! no, que bien patente
estaba la aparicion.
Negro ropage vestia,
pálido rostro enseñaba,
á la bóveda tocaba,
y oscilante se movia.
Y para aclarar mis dudas
iba gritando á mi oido:
«Ay de Diego, tu marido,
si llega á perderse Judas.»
De uno en otro callejon
mis pasos vino siguiendo,
y se fue desvaneciendo
al llegar á ese porton.
Terrible mi susto fue.

Diego. No es menor el que yo paso.
De tan endiablado caso
cómo saldremos no sé.
Ya convencida estarás,
como siempre te predico,
de que ese maldito chico
es hijo de Satanás.

Beatriz. Y bien, ¿qué intentas hacer?
Diego. Al santo oficio entregarle.
Beatriz. ¿Y qué harán?
Diego. ¡Toma! quemarle.
Beatriz. Y nos vamos á perder.
Teme la furia infernal
que por do quier nos avisa,
que es su salvacion precisa
para librarnos de mal.
Sácale de esta prision,
dejemos á Cantillana...
Diego. Estoy resuelto: mañana
le juzga la inquisicion.
Salir de tanto embolismo
es preciso de una vez.
Beatriz. Tú causarás mi viudez.
Diego. Mas lo sentiré yo mismo.
Beatriz. ¿Con que el riesgo no te apura?
Diego. Mucho; pero fuí soldado,
y viviera avergonzado
si cediese á la pavura.
Beatriz. Pues yo, ni un instante mas
quiero pisar este suelo.
¡Ay! Defiéndanos el cielo
del furor de Satanás.
Diego. No le nombres.
Beatriz. (*Cogiendo el veloncillo.*) Yo me voy.
Diego. (*Deteniéndola.*)
¿Con que la cena...?
Beatriz. Ahi te queda.
Quiera Dios que no suceda
lo que temiéndome estoy.
Por tí en casa rezaré.
Diego. Quédate aqui y es mejor.
Beatriz. ¡Ay! me mataba el pavor.
Déjame. (*Desasiéndose y marchándose.*)
Diego. Escucha... ¡se fue!

ESCENA V.

DIEGO.

Sigámosla... pero no:

seré el escarnio y la burla
del pueblo, si luego cuentan
que tuve miedo á las brujas.
¿Qué hice yo para que el diablo
me tenga por cosa suya,
y me dé á educar sus hijos
poniéndome en tal angustia?
¿Cuáles mis pecados fueron
para tanta desventura?
(*Parándose á escuchar.*)
Parece que siento pasos...
No tal, el pavor me turba.
¡Voto á cribas! un valiente
por tan poco no se asusta.
Ancho pecho... antes de todo
cerremos esta abertura.
(*Cierra la puerta.*)
Bueno... caiga ahora la cena
y este nectar de la cuba.

(*Saca de la cesta una fiambrera, una botella y un vaso, poniéndolo sobre la mesa: mientras dice lo siguiente, mirando con recelo á todos lados.*)

Nada... ninguno aparece,
y no aparecerá nunca.
(*Destapando la fiambrera.*)
Salga el jamon y... ¡Dios mio!
¡Convirtióse en aleluyas!
(*Sacando un pergamino arrollado.*)
¡Un pergamino...! ¿qué es esto?
¡Vaya unas magras enjutas!
(*Desarrollándolo.*)
Escrito está... ¡mas qué miro!
Sí... ahora el miedo no me ofusca.
(*Leyendo atemorizado.*)
«Ay de tí, Diego, ay de tí
si llega á perderse Judas.»
Siempre las mismas palabras
que por do quier me atribulan.
¡Hasta en la cena aparecen
para dejarme en ayunas!
(*Mirando á la puerta del cuarto.*)
O tú, padre misterioso

de esa infernal criatura,
ten compasion de mis penas
y... (*Atemorizado, y variando de tono.*)
Suenan voces confusas...
No hay mas, el padre y el hijo
me van á dar una tunda.
(*Reponiéndose.*)
¡Valor...! para recibirle
armémonos de bravura.

(*En cuanto se ha vuelto á mirar á la puerta del cuarto, se abre sigilosamente una puerta secreta en la pared del fogon, y da paso á Mari-Nuño tapada, cerrándose al momento. Esta se va acercando á Diego, quedándose junto á él al acabar la relacion.*)

ESCENA VI.

DIEGO. MARI-NUÑO.

Mari-N. (*Pegándole en el hombro.*)
«Ay de tí, Diego, ay de tí
si llega á perderse Judas.»
Diego. (*Volviéndose asustado.*)
¡Cielos!
Mari-N. Suéltale al momento,
y no irrites mas la furia
del que puede en este instante
abrirte á una voz la tumba,
ó convertirte de un soplo
en avestruz ó lechuza.
Diego. Pues contened el resuello,
no hagamos una locura;
que eso de mudar de forma
es cosa que no me gusta.
¿Mas cómo habeis penetrado...?
Mari-N. Entré por la cerradura.
Diego. ¡Qué elasticidad! ¡Dios mio!
(*Aparte mirándola.*)
Ahora parece una urca.
(*Alto.*) ¿Y quién sois?
Mari-N. Aquella misma.
Diego. Quedo enterado. Y en suma

venis...

Mari-N. A que en el momento
abras la prision de Judas.

Diego. ¿Sois por si acaso su padre?

Mari-N. El me ha mandado en su busca.

Diego. Es que yo saber quisiera
á quién debo la finura
de hacerme tutor de un párbulo...

Mari-N. No respondo á esas preguntas.

Diego. Pues sin que me den recibo
no suelto la criatura.
(*Ap.*) La voy perdiendo el respeto,
que es por demas cachazuda.

Mari-N. Si lo harás.

Diego. Al santo oficio
para que al punto descubra
el arcano misterioso
de aquesta progenitura,
y para siempre me libre
de sustos y barahundas.

Mari-N. Mira que vas á perderte
si la llave me rehusas.
(*Pasando al lado de la puerta pequeña.*)
Abre esta puerta.

Diego. ¿Pues cómo
no entrais por la cerradura?

Mari-N. Porque no quiere el que puede.
(*Suena un trueno.*)
¿Oyes su voz cómo zumba
entre el borrascoso trueno
de la tempestad sañuda?

Estrella. (*Dentro.*) «Ay de tí, Diego, ay de tí
si llega á perderse Judas.»

Diego. (*Temblando.*)
¡Otra vez!

Mari-N. Dame la llave.
(*Se va acercando.*)

Diego. (*Retrocediendo.*)
El cielo me dé su ayuda.
¡Aparta! no te me acerques,
diablo convertido en bruja,
y arrebozado en las tocas

de una vieja colmilluda.
En vano pides la llave;
no la suelto aunque me hunda.

(Ha ido retrocediendo sin quitarla la vista hasta llegar al fogon: á la mitad de los versos anteriores se abre la puerta secreta sin que él lo note, y aparece Estrella vestida con un trage caprichoso, y le abraza al acabar la relacion.)

ESCENA VII.

DIEGO. MARI-NUÑO. ESTRELLA.

Estrella. *(Con dulzura.)*
Me la cederás á mí,
que aunque jóven y lozana,
peno de amores por tí,
y es causa mi frenesí
de mi hechizo en Cantillana.

Diego. *(Sin levantar los ojos.)*
¡Otra nueva aparicion!
¡Aparta, monstruo precito!
Defiéndame San Anton.
(Mirándola de reojo.)
¡Calla! y es diablo bonito.
¡Qué espantosa tentacion!
(Forcejeando.)
Suelta... quita por San Diego.
(Se desase.)

Estrella. *(Bajo á Mari-Nuño.)*
¿Dónde la llave tendrá?

Mari-N. En la escarcela quizá.

Diego. *(Para sí.)* Me comunicó su fuego;
tostado me siento ya.

Estrella. *(Acercándose.)*
Cese tu desden tirano.

Diego. ¡*Fuge*...! válganme los cielos.

Estrella. ¿Siempre has de ser inhumano?
(Asiéndole.)
Ven á mi lado.

Diego. *(Dejándose llevar.)* ¡Ay! ¡qué mano!

Estrella. ¿No me quieres?

Diego. ¡Ay! ¡qué ojuelos!
Estrella. Yo nunca te quise mal.
Diego. ¡Ay qué todo...! ¡guarda, Pablo!
Estoy en trance fatal.
¡Y qué boca...! para un diablo
la tiene muy celestial.
¡Cielos! voy á sucumbir.
A los infiernos me arroja.
Estrella. Escucha sin resistir
lo que te voy á decir.
Diego. Afloja, por Dios, afloja,
que me abrasas.
Estrella. (*Bajo á Mari-Nuño.*)
Mira tú
si se la puedes quitar.
(*Pasa Mari-Nuño al otro lado de Diego.*)
Diego. ¿Qué vienes aqui á buscar,
semilla de Belcebú?
Estrella. Tú me has de desencantar.
Diego. ¿Y qué tengo yo que ver
con tu amor y con tu hechizo?
Harto me sobra que hacer
con ser el padre postizo
de un hijo de Lucifer.
Mari-N. Préstala pronto atencion.
Diego. Aparta, bruja maldita.
Estrella. Escucha mi confesion.
Diego. Bien; pero no necesita
acercarse esa vision:
porque en el duro tormento
que pasando estoy aqui,
gozo al escuchar tu acento;
pero con el suyo siento
acercarse un javalí.
(*Pellízcale Mari-Nuño.*)
¡Ay! ¿no lo dije?
Mari-N. ¡Villano!
Hubo quien me quiso bien.
Diego. No lo niego: algun enano:
pero por Dios soberano
acabe este somaten.
Estrella. Nadie ofenderte podrá

mientras escuches mis penas.
(*Cogiendo la escarcela, y aparte.*)
La llave aqui siento ya.

Diego. ¿Y luego qué pasará?

Estrella. Romper las duras cadenas.

Diego. ¿De quién?

Mari-N. Del que está hechizado.

Diego. Eso á mí me importa poco.

Estrella. (*Buscando en la escarcela.*)
No sale.

Diego. ¿Quién?

Mari-N. Lo guardado.

Diego. (*A Mari-Nuño.*)
¿El qué?

Estrella. Escucha sosegado.

Diego. Yo voy á volverme loco.

Mari-N. Sabrás...

Diego. No lo quiero oir.
(*A Estrella apartándose.*)
Tus intenciones penetro.

Mari-N. (*Siguiéndole.*)
Mira que vas á morir.

Estrella. (*Sujetándole por la escarcela.*)
En vano tratas de huir.

Diego. ¡Vade retro! ¡vade retro!

(*Da un fuerte tiron, dejando á Estrella la escarcela y escapándose por el fondo.*)

ESCENA VIII.

ESTRELLA. MARI-NUÑO.

Estrella. Nuestra ha sido la victoria.
¿Se marcha?

Mari-N. Corriendo va.
¿Pero y la llave?

Estrella. (*Enseñando la escarcela.*)
Aqui dentro.
(*Sacándola.*)
Esta debe ser.

Mari-N. Si tal.
De mucho nos ha servido

su turbacion.

Estrella. Y ademas
el repetir esas voces
que siempre escuchando está,
y que encierran un misterio
que es preciso averiguar.

Mari-N. Para eso hay tiempo de sobra.
Ahora lo que importa mas
es que al preso le pongamos
en completa libertad,
antes que á prenderle vengan
los del santo tribunal.

Estrella. ¡Ay! ¡sí por Dios!

Mari-N. Pues á ello.
(*Abre la puerta.*)

Estrella. ¡Judas!

Judas. (*Saliendo.*) ¡Estrella!

Mari-N. A volar.

ESCENA IX.

MARI-NUÑO. ESTRELLA. JUDAS.

Mari-N. Está atado.

Estrella. ¡Pobrecito!
(*Desátanle.*)

Judas. Tu tutor es un caiman.
¿Pero no has tenido miedo?
¿Sabes tú con quién estás?
¿Sabes...?

Estrella. Sé que te idolatro.

Judas. Y yo tambien: pero ¡ah!

Estrella. ¿Qué tienes?

Judas. (*Con amargura.*) Que ya no hay duda
sobre la paternidad.
Dicen que es cosa probada
soy hijo de Satanás.

Mari-N. ¡Vaya! Sandeces no diga.

Estrella. Yo estoy por asegurar
que ese padre misterioso
es hombre de calidad,
que por razones ocultas

anda asi escondido.

Judas. ¡Cá!
Si yo siento aqui los malos.
Tengo...

Estrella. Miedo y nada mas.

Judas. De eso hay mucho.

Mari-N. Pues marchemos.
¿Qué tenemos que aguardar?

Estrella. Sí; salgamos de este sitio,
que susto y pavor me da.

Judas. ¿Y adónde iré yo, infelice,
sin llevar siempre detras
esos amargos recuerdos
de mi filiacion fatal?
Donde quiera que me esconda
de fijo me encontrarán.
Me entregan al santo oficio,
me hacen proceso verbal,
me condenan, y en la plaza
me tuestan.

Mari-N. ¡Qué atrocidad!

Estrella. ¿Tan poco en mi amor confias,
que llegas á imaginar
que si de aqui te liberto
te abandonaré jamas?
Para evitar nuevos males
mil medios se ocurrirán,
porque es grande mi cariño
y me precio de sagaz.

Mari-N. Todo lo que estais diciendo
habladlo en otro lugar,
y salgamos cuanto antes
de esta morada infernal,
no vengan los alguaciles
y se aumente nuestro afan.

Estrella. Razon tienes.

Mari-N. Vamos pronto.

Estrella. En casa oculto estarás,
que bien sabe Mari-Nuño
obrar con seguridad.

Mari-N. Por Dios no perdamos tiempo.

Estrella. Marchemos.

Judas. No puedo andar.
Estoy transido de frio,
de miedo...
Estrella. Y es natural.
Sígueme.
Mari-N. Vamos.
Judas. No puedo.
Como por oculto iman
aqui me quedo clavado.
Mari-N. Tal vez es debilidad.
(*Viendo la botella que está sobre la mesa.*)
¡Pero calla...! aqui hay remedio.
Un sorbo le repondrá.
(*Echa vino en el vaso.*)
Estrella. Sí, bebe.
Judas. No quiero agua.
Mari-N. Es vino.
Judas. Entonces tal cual. (*Bebe.*)
Mari-N. Es de la cena de Diego.
Bueno ha de ser.
Estrella. Vamos ya.
Judas. (*Fuera de sí, y sin poderse sostener.*)
¡Cielos! ¿qué es esto...? ¡malditos...!
¿Qué me habeis dado...? ¡alquitran...!
Se me arde el pecho... los labios...
Estrella... no... Satanás...
Estrella. (*Asustada.*)
¡Mari-Nuño...! ¿qué es aquesto?
(*Mirándole.*)
¡Cielos...! ¡lívida la faz!
¡Judas!
Mari-N. Voy teniendo miedo.
¿Si emponzoñado estará?
Estrella. ¿Qué sientes?
Judas. ¡Ay...! ¡yo me abraso!
Estrella. ¡Mi bien!
Mari-N. ¡Válgame San Juan!
¡Ay! ¡Estrella...! por instantes
pierde el aliento vital.
Judas. (*Cayendo.*)
¡Yo muero!
Estrella. (*Aterrada.*) ¡Cielos!

Mari-N. ¡Dios mio!
¡Qué espantosa frialdad!
Es cadáver.
Estrella. (*Poniéndose de rodillas al lado de Judas.*)
¡No! ¡imposible!
Mari-N. (*Para sí.*)
Ya empiezo yo á sospechar
que es cierto lo que se cuenta...
Estrella. No... no hay duda... ¡está mortal!
¡Mari-Nuño...! voy temiendo...
Mari-N. Lo que yo... vamos de acá.
Estrella. (*Andando con mucho temor.*)
Moverme no puedo.
Mari-N. Calla...
oigo una voz sepulcral...
Estrella. ¡Madre de Dios...! amparadnos.
Mari-N. Y luego la tempestad...
(*Buscando el resorte que abre la puerta secreta.*)
¿Si acertaré á abrir la puerta?
Estrella. (*Atemorizada.*)
Oye... acercándose van.
(*Suenan pasos en el fondo.*)
Una voz. (*Por dentro, en tono lúgubre.*)
¡Ay de tí, Diego, ay de tí!
Mari-N. (*Espantada, y abriendo la puerta.*)
Huyamos sin vacilar.

(*Se van precipitadamente por la puerta secreta, que se cierra al momento, y al mismo tiempo se abre con estrépito la del fondo, entrando Diego despavorido y en el mayor desconciento.*)

ESCENA X.

DIEGO.

Aparta, sombra inhumana
que persiguiéndome vas.
¿Hasta cuándo me condena
tu persecucion tenaz?
¿Cómo saldré de esta casa?
He corrido sin cesar,
y la salida no encuentro

de este diabólico umbral.
La fantasma me seguia...
(*Mirando al rededor*)
Al fin me ha dejado ya.
No era ilusion, no... la he visto...
escuché su voz fatal...
¿Pero qué es esto...? me encuentro
en el cuarto... no hay dudar...
desparecieron las sombras...
soñando estuve quizás.
No hay nadie... aquella es la puerta
del encierro... abierta está.
¡Cielos! ¿se lo habrán llevado
los deudos de Satanás...?

(*Cogiendo la linterna y dirigiéndose al cuarto: tropieza con Judas, y se queda aterrado.*)

¿Pero qué miro...? ¡aqui...! ¡muerto!
¡Ay! ¡Vírgen del Atochar!
(*Deja caer la linterna, que se apaga.*)
¡Y ahora la luz se me apaga!
¿quién de aqui me sacará?
los parientes del difunto...
¿pero es posible...?
(*Tocando á Judas.*) No hay mas...
tambien puede ser desmayo...
¡Judas...! quisiera, señor...
¡Judas! ¡Judas!!

(*Á poco de haberse apagado la linterna se abre la puerta secreta, y aparecen dos enmascarados cubiertos con un ropage blanco. Uno de ellos trae una linterna sorda, que abre al empezar á hablar.*)

ESCENA XI.

DIEGO. LOS DOS ENMASCARADOS.

Enmas. 1.° No le llames,
que no te responderá.
Diego. ¡Que horror!
Enmas. 2.° ¡Silencio!
Diego. Enmudezco.
Enmas. 1.° (*Levantándole.*)
Ven.

Diego. Tratadme con piedad.
Yo...
Enmas. 1.° Entra al punto en ese cuarto.
Diego. (*Ap. marchando.*)
Exhala un vapor letal...
(*Alto.*) ¿Quién sois?
Enmas. 1.° Un nieto de Herodes.
Diego. (*Ap.*) ¡Jesucristo! ¡qué alacran!
humos tendrá de su abuelo,
y me deguella de un zás.
Enmas. 1.° (*Dándole un empellon y haciéndole entrar en el cuarto.*)
Adentro.
Diego. (*Entrando.*) ¡Valedme, cielos!
(*El enmascarado cierra la puerta, y se dirige adonde está Judas con su compañero.*)
Enmas. 1.° (*Despues de dar un silbido, al que se abre la puerta secreta.*)
Arriba con él, Beltran.
(*Le levantan, y se dirgien á la salida secreta.*)
Correg. (*Dentro por el fondo.*)
Seguidme por aqui todos.
Diego. (*En el cuarto.*)
¡Socorro!
Enmas. 1.° (*A su compañero.*)
¡Pronto!
(*Desaparecen por la salida secreta, cerrándose al momento la puerta.*)
Correg. (*En el fondo mas cerca.*) ¡Ea! entrad.
(*Abren la puerta del fondo.*)

ESCENA XII.

EL CORREGIDOR *y* CUATRO ALGUACILES DE LA INQUISICION.

Correg. Esto requiere valor.
¡Diego...! Calla, se ha fugado:
jamas pensé que un soldado
tuviera tanto pavor.
(*A los alguaciles.*)
Señores, aqúi es preciso
usar de mucho ardimiento:

se trata en este momento
de muy grave compromiso.
(*Señalando al cuarto de la izquierda.*)
El que allí encerrado está
tiene en su cuerpo el demonio.

Algua. 1.° ¡Defiéndanos San Antonio!

Id. 2.° La inquisicion juzgará.

Correg. (*Acercándose al cuarto.*)
Vamos, conmigo venid.
¡Por Dios! estad bien alerta.
(*Abriendo.*)
Franca teneis ya la puerta,
vuestra comision cumplid.
(*Mirando adentro.*)
¡Pero qué miro...! ¿es posible?
Diego con él encerrado...
está solo... ¿qué ha pasado?
(*A los alguaciles.*)
Esperad... ¡lance terrible!
(*Entra en el cuarto.*)

ESCENA XIII.

LOS ALGUACILES.

Algua. 1.° Aqui estaremos mejor.

Id. 2.° ¿Qué diablos le ha sucedido?

Id. 1.° Yo sospecho que está ido.

Id. 3.° Sí, loco está el buen señor.

Id. 2.° ¡Voto va! ¡hacernos venir
de Sevilla con tal prisa...!

Id. 1.° Es cosa que causa risa.

Id. 2.° A mí no me hace reir.

Id. 4.° (*Que ha estado recorriendo el cuarto y se encuentra la botella sobre la mesa.*)
¡Amigos! famoso encuentro.
Mientras vuelve ese petate
remojemos el gaznate. (*Bebe.*)

Id. 3.° ¿Es vino?

Id. 4.° Sí. (*Dándole la botella.*)

Id. 2.° Pues adentro.

Id. 3.° (*Despues de beber.*)
No es de mala calidad.



Algua. 2.° Pero fuerte como un rayo.
Id. 4.° (*Andando sin tino.*)
¡Vive Dios...! yo me desmayo. (*Cae.*)
Id. 1.° Venga á mí.
Id. 3.° (*Temblando y cayendo.*)
¡Qué atrocidad!

ESCENA XIV.

DICHOS. EL CORREGIDOR. DIEGO.

Correg. Le habreis dejado escapar.
Diego. ¡Lo juro por esta cruz!
Algua. 2.° (*Procurando sostenerse.*)
Me va faltando la luz...
Correg. Señores, pronto á buscar...
(*Viendo caer al alguacil 2.°, y tendidos á los otros dos.*)
¿Qué es esto?
Algua. 1.° (*Cayendo.*) ¡Por Lucifer...!
Correg. (*Amedrentado, y abrazándose á Diego.*)
¡Diego!
Diego. (*Lo mismo, y balbuciente.*)
¿Qué tal...? ¿he mentido?
veis como cierto ha salido...
Correg. ¿Y ahora, qué vamos á hacer?
Diego. Escapar pronto de aqui.
Correg. Huyamos su furia insana.
(*Al querer escapar suena un trueno fuerte, y se abre con estrépito la puerta del fondo: al resplandor del relámpago se ve atravesar una persona tapada con un ropage negro, que se queda parada un rato, y dice con voz funeral.*)
Voz. El diablo anda en Cantillana.
¡Ay de tí, Diego, ay de tí!
(*El corregidor y Diego dan un grito de espanto, y quedan abrazados sin atreverse á mover.—Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGÙNDO.



Acto tercero.

Sala en casa del corregidor. Puerta de entrada en el fondo, y otra mas pequeña á la derecha que da al cuarto de Estrella. A la izquierda, en primer término, una puerta secreta muy disimulada, y en seguida una ventana. Luz sobre una mesa.

ESCENA PRIMERA.

ESTRELLA. MARI-NUÑO.

Estrella. ¡Ay Mari-Nuño! todavía estoy temblando.

Mari-Nuño. ¡Ba! no es para tanto... pasado el primer susto...

Estrella. ¿Pero aquella voz sepulcral...?

Mari-Nuño. Sería de quien fuese; ¿qué nos importa? lo principal es que no nos haya faltado serenidad para estorbar con tiempo que los comisionados del santo oficio se llevaran á Judas. Gracias á mi prevision y á mi habilidad, libre se ve por ahora de caer en sus manos.

Estrella. Hay en su existencia un no sé qué misterioso, que me asusta: porque, en fin, esas voces que oye por todas partes su padre adoptivo, y que nosotras hemos escuchado bien distintamente...

Mari-Nuño. Ya voy creyendo que el miedo nos las hizo escuchar, con el temor que teniamos de ver muerto á Judas repentinamente.

Estrella. ¿Con que tú crees todavía que no es mas que un desmayo?

Mari-Nuño. ¿Quién puede dudarlo? le he acercado un

espejo á la boca, y al verlo empañado no he podido menos de convencerme. ¡Ay! escalofrios me dan al pensar que si no se me hubiera ocurrido que podia ser un letargo, estaba dentro de pocas horas en poder de la inquisicion.

Estrella. ¡Triste de mí entonces! Pero dime, ¿te has asegurado de que Rodrigo y Beltran no dirán nada de esto al tutor? ¿Que no descubrirán la existencia de esa puerta secreta que siempre ha ignorado, como á mí me ha sucedido hasta esta noche, que me la has descubierto? Se puede fiar tan poco en los criados...

Mari-Nuño. Les he hecho buenas promesas para que guarden silencio, y lo guardarán.

Estrella. ¿Y qué vamos á hacer ahora? yo no tengo la cabeza para pensar en nada, hasta quedar convencida de que Judas existe.

Mari-Nuño. ¡Vuelta á la duda! ¿no basta que yo os lo asegure?

Estrella. ¡Ay Mari-Nuño! ¿y si viene el tutor y le encuentra en mi cuarto, y todo se descubre?

Mari-Nuño. Ya pondremos remedio á todo... por ahora todavía debe tardar... ea, cobrad valor, y pensemos en el modo de hacer la fuga... ¡maldito letargo! ya podiais estar lo menos una legua de Cantillana: pero callad... me parece... sí, le siento mover...

Estrella. ¿Será cierto?

Mari-Nuño. No hay duda. (*Acercándose á la puerta de la derecha y abriéndola.*) Por aqui... venid...

ESCENA II.

DICHOS. JUDAS.

Judas. (*Saliendo atolondrado.*) ¿Dónde estoy? ¡ah! ¡Estrella!

Estrella. ¡Querido mio!

Judas. ¿Cuántas leguas hemos andado...? ¿estamos todavía en este mundo...? qué maldito sueño... pero ¿cómo he venido aqui...? ¿de quién es esta casa?

Estrella. Del corregidor... estás en mi aposento.

Judas. ¡Ay Dios mio!

Estrella. No temas.

Mari-Nuño. Vamos, prontito; á pensar en la fuga, á ponerla por obra.
Judas. ¿Quién me ha sacado de aquella mazmorra?
Mari-Nuño. Cuando el tiempo no apremie tanto lo sabreis todo... ahora se trata de que os pongais en marcha para Sevilla.
Judas. Bien; pongámonos en marcha.
Estrella. Pero si no contamos con un maravedí, ¿qué va á ser de nosotros?
Mari-Nuño. Pues ¿y la cajita de las joyas?
Judas. Es verdad: aqui la debo tener... (*Buscando en los bolsillos.*) como no sea que los duendes que han jugado conmigo... (*Sacándola.*) No, aqui está.
Estrella. ¿Y qué hacemos con esto?
Mari-Nuño. Toma, venderlas... pero veamos antes...
Judas. Sí, veamos... apuesto á que se han convertido en aire.
Mari-Nuño. Fuerte está la cerradura... ya saltó... ¡hola! ¡un collar!
Estrella. De pedrería.
Judas. ¿Será fino?
Mari-Nuño. Mucho que sí; y tiene un medallon con una cifra... vale buen dinero.
Judas. Mejor: como no haga el diablo...
Estrella. ¡Calla por la Vírgen! siempre estás con el diablo en la boca.
Judas. Es que á mi ver lo tengo en todo el cuerpo: pero no importa. Estando á tu lado nada temo.
Estrella. ¿Y si vamos á vender el collar, y por él somos descubiertos?
Judas. ¡Es verdad! nada, si está visto que...
Mari-Nuño. No hay que apurarse... se me ocurre un medio sencillo para venderlo jugando al mismo tiempo una buena pasada á vuestro tutor.
Estrella. ¿Y cuál es?
Mari-Nuño. Vendérselo á él mismo.
Estrella. ¿Y si sabe á quién pertenece?
Judas. Eso es imposible... Beatriz lo guardaba mucho de todos... lo tenia antes de venir á este pueblo.
Estrella. Pues entonces yo me encargo de la venta... tiene aun mas gracia el escáparnos pagándonos el viaje el mismo que debia impedirlo.

Judas. No vayamos á echarlo á perder.

Estrella. De mí nada sospecha; y entrándole con la sencilla candidez que siempre aparento con él, mucho menos... venga el collar.

Mari-Nuño. Le dices que ha pasado un buhonero con varios diges de Portugal... que os habeis encaprichado...

Estrella. ¡Oh! no necesitas adiestrarme: bien sabes que sé manejarme en tales casos.

Judas. ¿Y si no lo quiere comprar? ¡lucidos quedamos!

Mari-Nuño. Cuando vea lo que vale, y oiga que se le da á menos precio, no temais que vacile mucho en soltar el dinero... ¡pero chit...! se me figura que viene...

Judas. Ya vuelvo á temblar... de esta hecha me quedo como un azogado... todos son sustos y zozobras... en mal signo nací.

Estrella. (*Mirando por la puerta del fondo.*) No hay duda... él es.

Mari-Nuño. Pues á esconderse el galan.

Estrella. ¡Disimulo! Dios nos proteja.

Judas. Él te escuche. (*Se oculta en el cuarto de la derecha.*)

Mari-Nuño. (*Mirando por el fondo.*) Viene todo demudado... parece un loco...

Estrella. Mejor; con eso no podrá sospechar...

Mari-Nuño. ¡Silencio! áqui está.

ESCENA III.

ESTRELLA. MARI-NUÑO. EL CORREGIDOR, *que viene corriendo, descompuesto el semblante y en la mayor consternacion.*

Corregidor. ¡Gracias á Dios que me veo en mi casa...! ¡Ay! acercaos á mí... no os separeis... ¡agua! un vaso de agua... (*A Mari-Nuño que se disponia á salir.*) No, no te vayas... no me abandoneis.

Mari-Nuño. Pero ¿qué es esto?

Estrella. ¿Qué teneis, señor tutor?

Corregidor. Tengo... nada, nada... hoy mismo, cuanto antes, vamos á dejar este pueblo... ¡uf! ¡qué cosas! ¡qué cosas!

Estrella. Nos poneis en cuidado...

Corregidor. ¿La habeis visto vosotras?
Mari-Nuño. ¿A quién?
Corregidor. La fantasma.
Estrella. ¿Cuál?
Corregidor. No, ninguna... esto no es para mugeres... y aquella voz lúgubre... ¡Estrella! sin pérdida de tiempo vamos á casarnos para salir de Cantillana.
Estrella. (*Ap.*) ¡Cielos!
Mari-Nuño. ¿Teneis el juicio trastornado? ¿qué ha sucedido? hablad, y sacadnos de esta confusion.
Corregidor. Es que yo tambien necesito que me lo espliquen... ¡qué noche...! al fin pude salir de aquel infierno... pisando cadáveres... sin aliento... el otro no sé por dónde se ha escabullido... ¡ah!
Estrella. Nos haceis temblar... por fuerza ha sucedido alguna cosa terrible.
Corregidor. ¡Y tanto! ¡cuatro han quedado como heridos de un rayo...!
Estrella. Pero si no os entendemos.
Corregidor. En un momento... sin articular palabra... ¡qué horror!
Mari-Nuño. Lo que debiais hacer era acostaros, y...
Corregidor. Nada de eso... solo estaremos en Cantillana el tiempo necesario para hacer la boda... ¡Mari-Nuño! vé corriendo al señor cura...
Mari-Nuño. Pero á estas horas...
Corregidor. Obedezca pronto... soy el corregidor, y aqui nadie manda mas que yo... ¡uf! mentira me parece que me veo en mi casa... vamos, Mari-Nuño...
Mari-Nuño. Como estais en ese estado, no sé si deba...
Corregidor. Obedecer y nada mas.
Estrella. ¿Y nos quereis dejar en la duda de lo que ha motivado una resolucion tan repentina?
Corregidor. Cuando estemos á algunas leguas de aqui te lo contaré todo... ahora es preciso salir cuanto antes de este pueblo.
Estrella. Asi lo creo.
Mari-Nuño. Pensad que no podeis abandonar el corregimiento asi como se quiera... que vuestro deber...
Corregidor. Es el de sacaros la lengua si no haceis pronto lo que os he mandado.
Mari-Nuño. No lo permita el Señor; si yo solo lo digo...

(*Bajo á Estrella.*) No os descuideis. (*Alto.*) ¿Y qué es lo que voy á decir al señor cura?

Corregidor. Que lo disponga todo para casarnos al momento.

Estrella. ¿Pero quereis...?

Corregidor. Todo lo que hago es por tu bien; tú no sabes... vamos, despachaos, Mari-Nuño.

Mari-Nuño. Allá voy. (*Ap.*) ¿Cómo sadremos de este lio? (*Vase por el fondo.*)

ESCENA IV.

ESTRELLA. EL CORREGIDOR.

Correg. (*Sentándose.*)
Ya va pasando el pavor:
ya respiro y entro en calma.
¡Ay! Estrella de mi vida,
¡qué noche!

Estrella. ¿Pero qué pasa?
Temblando estoy de escucharos:
¿qué sucedió?

Correg. ¡Nada, nada!

Estrella. (*Ap.*) En buen estado se encuentra
para que en el lazo caiga.
Válgame el candor fingido.

Correg. Estrella, vé sin tardanza
á disponer del viaje
las cosas mas necesarias.

Estrella ¿Pero es cierto que nos vamos?
¡Ay señor tutor del alma!
Yo no puedo con tal prisa
dejar hoy á Cantillana.

Correg. ¡Oiga! ¿por qué?

Estrella. Porque peco.

Correg. ¿Qué estás diciendo, muchacha?

Estrella. Si señor, y Dios castiga
al que á su palabra falta;
y yo la dí.

Correg. ¿Pero á quién?
¿sobre qué?

Estrella. Si me regaña...

Yo bien quisiera decirlo,
pero...

Correg. ¿Qué fue? vamos, habla.
Temiendo estoy que salgamos
al fin con alguna maula.
¡Despues de tanto embolismo
esto solo me faltaba!

Estrella. ¿Me prometeis no enfadaros?

Correg. Dilo, me tienes en brasas.

Estrella. Es la cosa... que ayer tarde
con el manto arrebozada...

Correg. ¡Cielos! ¿saliste y...?

Estrella. No es eso:
me puse aqui á la ventana
para gozar del ambiente
de la brisa...

Correg. Bien, acaba.

Estrella. Y al ver pasar por la reja...
Perdonad, por Dios, mi falta.
La tentacion era grande
y no pude conjurarla.

Correg. Esplícate... ¡qué martirio!
Ya las sospechas me matan.
Estrella, cuenta que en breve
conmigo estarás casada,
y...

Estrella. Sí señor, si yo quiero;
deseándolo estoy con ansia,
porque os amo ¡mucho, mucho!
Pero otorgadme una gracia...

Correg. Habla claro por la Vírgen:
¿qué sucedió en la ventana?

Estrella. Pues se acercó un buhonero
vendiendo cintas y alhajas,
y yo... le paré y me puse
á admirar riqueza tanta,
enamorándome al punto
de un collar de filigrana.

Correg. ¿Y bien?

Estrella. Comprárselo quise,
pero no teniendo blanca,
lancé del pecho un suspiro,

me puse muy colorada,
y dije con tono triste:
«¡de buen grado lo feriara!»
El hombre dijo: «tomadle.»
Y yo: «dinero me falta.»
—«Padre tendreis que lo pague.»
repuso con mucha gracia
el bueno del buhonero:
«ahi lo dejo hasta mañana,
que honrada sois por lo visto,
y es de fiar esta casa.»
Yo absorta y agradecida
á su mucha confianza
quise rehusar la oferta,
dejé el collar en la caja,
y él poniéndolo en mis manos
con una risa y un ¡*vaya*!
se ausentó diciendo á gritos:
«quién compra cintas y alhajas.»
Ya veis que marchar no puedo
sin dar la joya ó comprarla.

Correg. ¿Y es eso lo que te apura?

Estrella. Nada mas.

Correg. ¡Qué inocentada!
Pues bien; se la compraremos
si te gusta... y es barata;
que facil es encontrarle,
pues se hallará en la posada.
¿Cuánto pide?

Estrella. Veinte escudos.

Correg. ¡Sopla!

Estrella. (*Sacando el collar.*)
Es muy rica, miradla.

Correg. Piedras tiene y de valor...
(*Examinándolo.*)
¿Pero... mis ojos me engañan?
Sí... no hay mas... la pedrería...
la cifra...

Estrella. (*Ap.*) Ya le entré en ganas.
Debí pedirle cincuenta.

Correg. (*Ap. asombrado.*)
Parece cosa endiablada.

(*Mirándolo con entusiasmo.*)
¡El mismo!

Estrella. ¡Mucho lo mira!
(*Alto.*) Con que...

Correg. (*Dando un suspiro y ap.*)
¡Memorias amargas!

Estrella. ¿Qué teneis?

Correg. No, no hagas caso.

Estrella. (*Ap.*) Su avaricia le delata.

Correg. (*Ap.*) ¡Al cabo de tanto tiempo
vuelve á mí!

Estrella. ¿Me dais la paga?

Correg. (*Dándola dinero rebosando de alegría.*)
Sí, toma, toma. (*Ap.*) Noventa
pagué por él en Granada
hasta que... (*Alto y contando.*) Doce, catorce,
(*Ap.*) ¡Qué de recuerdos me asaltan!

Estrella. (*Tomando el dinero.*)
Justo y cabal. Voy al punto...

Correg. ¿Estás en tí? ten mas calma;
luego... (*Ruido dentro.*)

Estrella. (*Ap.*) ¡Cielos! ¿será Judas...?

Correg. ¿Quién ese estropicio causa?

Diego. (*Dentro.*) ¡Socorro!

Correg. (*Temblando.*) ¡Qué es lo que escucho!
¿A que vuelve la fantasma?

Estrella. (*Ap.*) ¡Perdida estoy...! ¡ah! ¡qué idea!
(*Apaga la luz con disimulo.*)

Correg. No hay mas.

Diego. (*Entrando despavorido por la puerta secreta, que se cierra al momento: con voz ahogada.*)
¡La Vírgen me valga!

ESCENA V.

ESTRELLA. EL CORREGIDOR. DIEGO.

(*Estrella se dirige con sigilo á la puerta del cuarto en que está Judas. Diego y el corregidor sin menearse.*)

Correg. Trae pronto una luz, Estrella.

Estrella. (*Ap.*) Sí, á poner la fuga en práctica.

Diego. (*Para sí.*) ¿Dónde estoy?
Correg. (*Dirigiéndose á tientas á la ventana.*)
Por si amanece...
(*Abre las maderas y se aclara el teatro.*)
Estrella. (*Ya junto la puerta del cuarto y ap.*)
¡Maldito!
Diego. (*Asombrado al ver al corregidor.*)
¡Qué miro!
Correg. (*Idem al ver á Diego.*)
¡Calla!
Estrella. (*Ap. reconociéndole.*)
Perdida estoy si se acuerda
de la aparicion de marras.
Diego. ¡Corregidor!
Correg. ¡Diego!
Estrella. (*Quedándose parada á la puerta.*)
Astucia.
Correg. ¿Cómo aqui...?
Diego. Yo no sé nada.
Estrella. (*Ap.*) Dió con la puerta secreta,
tiró el diablo de la manta...
Correg. ¿Aun venís á fastidiarme?
Salid pronto de mi casa.
En vuestro asunto diabólico
ya no quiero tomar cartas.
Me voy dentro de un instante:
he renunciado la vara.
Dejadme ya, y en la vida
vuelva yo á ver vuestra estampa.
Nada escucho; salid pronto.
Diego. Pero...
Correg. No hay pero que valga.
Diego. Si yo estoy... porque he venido,
y vine... como una bala,
impulsado hasta aqui dentro
por una fuerza satánica.
Ignoro por qué camino,
y cuál ha sido mi entrada.
Correg. ¿Qué decís?
Diego. La verdad pura.
Correg. ¡Vive Dios! estais en babia.
Por la puerta habreis entrado.

Diego. Presumo que por la tapia:
yo á la calle no he salido
desde la infernal morada.
Buscando estuve anhelante
la salida sin hallarla,
hasta que cansado y loco
volví á encontrarme en la sala
donde los cuatro difuntos
que vimos morir se hallaban.
De repente se menean,
luego al punto se levantan,
y yo al ver que resucitan
me quedo como una estátua.
Voy á gritar y no puedo;
quiero ver, la luz me falta,
y arañando las paredes
con furia desesperada
siento el muro dividirse
con diabólica artimaña,
y como por un embudo
aparezco en vuestra estancia.

Correg. ¿Será cierto...? ¡ba! ¡imposible!

Estrella. (*Acercándose.*)
¿Quién cree tales alharacas?

Diego. (*Asustado al verla.*)
¡Cielos! ¡hasta aquí la encuentro!

Correg. ¿A quién?

Diego. (*Bajo y con misterio.*)
¿No veis? á la maga.

Correg. ¿Qué estais diciendo?

Estrella. Está loco.

Diego. ¿Vais vos á desencantarla?

Correg. El diablo que os comprenda.
Dejadme.

Diego. Si es una fada.

Correg. ¿Mi pupila?

Diego. ¡Su pupila!
Hechizado está el garnacha.

Correg. ¡Ba! no digais desatinos.

Estrella. Yo no entiendo lo que habla.
(*Va á acercarse á Diego.*)

Diego. ¡Fuge!

Correg. Pero...
Diego. No te acerques.
Correg. Tiemblo...
Estrella. (*Queriendo acercarse á Diego, y con disimulo.*)
¡ Chit !
Diego. ¡ A retro vayas !
(*Vase corriendo por el fondo.*)

ESCENA VI.

EL CORREGIDOR. ESTRELLA.

Correg. No hay mas; sin duda está loco.
Ver en tí una aparicion...
Estrella. Acaso tenga razon.
Correg. ¡ Eh ! ¿ qué has dicho? poco á poco.
Estrella, oirte no quiero
con tales cosas jugar,
que harto me dan que pensar.
Estrella. ¿ No fue mi padre hechicero ?
¿ Si de su poder diabólico
guardaré alguna centella?
Correg. ¿ Tú? ¿ quieres callarte, Estrella ?
(*Ap.*) ¡ Siento un sudor espasmódico !
(*Alto.*) ¿ Mas qué te hace presumir...?
Estrella. ¡ Ay señor tutor ! no sé :
pero siento un no sé qué
dentro del pecho bullir,
que á ira contra vos me enciende.
Correg. ¡ Calla ! ¿ y por qué? absorto quedo.
Estrella. No sé : mas deciros puedo
que no os quiere bien el duende.
Correg. ¿ Qué duende ?
Estrella. El que me habla á oscuras,
y sosegar no me deja.
Correg. ¿ Y contra mí te aconseja ?
Estrella. Sí.
Correg. ¿ Pero qué ?
Estrella. Mil locuras.
Correg. ¿ Y qué dice ?
Estrella. Que sois viejo,
celoso, insufrible, avaro,

y que ha de costaros caro
si yo vengarme le dejo.
Y añade...

Correg. ¡El alma me estrujas!

Estrella. Que ha de hacer el dia mejor
con vuestra piel un tambor
para que bailen las brujas.
Anoche en los callejones
me habló de vos y me dijo:
«Ya dí con el escondrijo
que guarda tus patacones.»

Correg. ¡Qué escucho! (*Ap.*) Estoy en un potro.
¡Será su padre, no hay mas!
Sin duda que Satanás
la proteje como al otro.
(*Alto.*) Nada, no hay que vacilar.
Al punto nos casaremos,
y al punto tambien saldremos
de este maldito lugar,
que un mal espíritu inquieta
y mis proyectos desquicia.

Estrella. (*Ap.*) Encerrado en su avaricia
no le deslumbra mi treta.

Correg. Voy á dar prisa al vicario...

Estrella. (*Deteniéndole.*)
¿Y el duende?

Correg. Yo no me apoco.

Estrella. (*Ap.*) ¿Qué haré...? ¡Ah! sí; volverle loco:
ganar tiempo es necesario.
(*Alto.*) Pero...

Correg. El asunto es muy obvio.
Muy pronto estarás casada.

Estrella. ¡Ay Dios mio! ¿y si se enfada?

Correg. ¿El duende?

Estrella. No.

Correg. ¿Quién?

Estrella. Mi novio.

Correg. ¡Tu novio! ¿qué es eso, qué?
Sin duda que entendí mal.
¿Tu novio has dicho?

Estrella. Sí tal.

Correg. ¿Quién es tu novio?

Estrella. No sé.
Correg. ¡Pues me gusta! ¿quién tal vió?
Habla: ¿quién es ese hombre?
Su nombre al punto, su nombre.
¿No respondes?
Estrella. ¿Qué sé yo?
Correg. Tanta ignorancia me agobia,
y sospecho alguna trama.
¿No sabes cómo se llama?
Estrella. Sí, mi novio, y yo su novia.
Correg. ¡Pero es un sueño!
Estrella. No á fé.
Correg. ¿Y te habla de amores?
Estrella. Sí.
Correg. ¿En dónde le has visto?
Estrella. Aqui.
Correg. ¿Por dónde entra?
Estrella. ¿Yo qué sé?
Correg. Ni yo lo que por mi pasa,
ni lo que de esto se infiere.
¿Cuándo entra aqui?
Estrella. Cuando quiere.
Correg. ¿Mas cómo?
Estrella. Como en su casa.
Correg. ¿Y nadie le ve?
Estrella. Se entiende.
Correg. ¿Es brujo?
Estrella. Tal pienso yo.
Correg. ¿Y es ese tu novio?
Estrella. ¡Ay, no!
Correg. ¿Pues de quién hablas?
Estrella. Del duende.
Correg. Cargue el demonio contigo.
¿Y no hay tal novio?
Estrella. No es eso.
Correg. Tú quieres que pierda el seso.
Estrella. Pues yo bien claro lo digo.
Correg. ¿Que eso digas, y aun ignoro
si lo que causa tu afan
es hombre ó duende?
Estrella. Es galan,
y bonito como un oro.

Correg. ¡Ya!
Estrella. Se sienta junto á mí,
y del amor los solaces
me refiere.
Correg. ¿Y tú qué haces?
Estrella. Decir á todo que sí.
Mi mano estrecha...
Correg. ¡Qué oprobio!
¿Y tú?
Estrella. Dejo que la bese.
Correg. ¡Dios me valga! pero ese
será el duende.
Estrella. Ay, no; es mi novio.
Correg. Entonces son uno mismo.
Estrella. ¿Quién?
Correg. El duende y el galan.
Estrella. ¿No he dicho que no? ¡qué afan!
Correg. ¿Es otro?
Estrella. No.
Correg. ¡Qué embolismo!
Estrella. Pues esto bien se comprende.
Correg. Lo entenderá Barrabás.
Esplícate.
Estrella. No sé mas.
Correg. Yo estoy loco.
Estrella. Ahi está el duende.
Correg. ¿Cómo el duende?
Estrella. Que ahora poco
eso predijo de vos.
Correg. ¿Qué predijo? ¡voto á brios!
Estrella. Lo que os pasa, que estais loco.
Correg. ¡Loco yo!
Estrella. «Pues que me agravia,
dijo, con tales escesos,
he de sorberle los sesos,
y ha de quedar hecho un babia.»
Correg. ¡Triste de mí!
Estrella. Y no ha mentido,
pues no entendeis mis razones.
Correg. Si eres toda confusiones.
Estrella. Porque el seso habeis perdido.
Correg. Ya me falta la paciencia.

Estrella. ¡Ay! bien el duende decia,
que todo esto pararia...
Correg. ¿En qué?
Estrella. En rabiosa demencia.
Correg. ¡Por Cristo! que has de esplicarme...
Estrella. (*Huyendo.*)
¡Socorro! ¡triste de mí!
Correg. ¡Oye, Estrella...! ven aquí.
Estrella. ¡Ay! no, que vais á tragarme.
(*Vase precipitadamente por el fondo, dándole con la puerta en los hocicos.*)

ESCENA VII.

EL CORREGIDOR. *Despues* BEATRIZ.

Correg. ¿Si será cierto? ¡qué horror!
Loco un hombre de mi peso,
de mi carácter...
(*Se abre la puerta del fondo, y entra Beatriz sobresaltada.*)
¿Qué es eso?
¿quién entra hasta aquí?
Beatriz. Señor,
loca estoy, y á vos acudo...
Correg. ¡Pues á buena parte viene!
Beatriz. Por ver si remedio tiene
mi desventura.
Correg. Lo dudo.
Beatriz. ¿Qué habeis hecho dél?
Correg. ¿De quién?
Beatriz. De Judas.
Correg. ¡Callad, por Cristo!
Mirad que el diablo anda listo.
Beatriz. ¿Tambien por aquí?
Correg. Tambien.
Beatriz. Mi desventura es mayor.
Correg. ¿Alguna nueva tramoya?
Beatriz. ¡Ay! me han robado una joya
para mí de gran valor.
Correg. ¡Pues no hay duda que era alhaja
el engendro de Luzbel!

Satanás cargó con él,
y aun el seso nos baraja.

Beatriz. ¡Ay! si supierais...

Correg. ¿El qué?

Beatriz. Yo he de perder el sentido.

Correg. Yo ya lo tengo perdido.

Beatriz. Ahora de menos eché
un collar de pedrería
que con esmero guardaba,
y que el secreto encerraba
de su suerte y de la mia.

Correg. ¡Qué escucho! apenas aliento.
¿La suerte de quién?

Beatriz. De Judas.

Correg. ¿Pues en eso teneis dudas?

Beatriz. El prueba su nacimiento.

Correg. ¿El collar?

Beatriz. Y un medallon
con una cifra adornado.
Sin duda me lo han robado.

Correg. ¡Ya es mayor mi confusion!

Beatriz. Por vos hallarlo confio,
si al ladron mandais buscar.

Correg. (*Sacando el collar.*)
Mirad si es este el collar.

Beatriz. (*Queriendo cogerlo.*)
¡Ah! si.

Correg. (*Estorbándolo.*) Despacio, que es mio.

Beatriz ¿Cómo vuestro?

Correg. ¡Si, par diez!
pues por sucesos estraños
le perdí hace algunos años,
y hoy le recobro otra vez.

Beatriz. (*Anhelante.*)
¿Fue en Valladolid?

Correg. ¡Qué escucho!
¿Vos sabeis...?

Beatriz. Dejad que aliente:
¿era en mil quinientos veinte?

Correg. ¡Si, fecha terrible!

Beatriz. ¡Y mucho!
¿Veintiuno de Agosto?

Correg. Es cierto.
Beatriz. ¿Cuando la comunidad
entró á saco la ciudad?
Correg. Mas cómo sabeis no acierto...
Beatriz. ¿Cómo lo sé? ¡hombre traidor!
Correg. ¡Qué escucho! hablad con mas tino.
Beatriz. ¿Cómo he de hablar, asesino
de mi dicha y de mi honor?
Correg. ¿Qué significa este enredo?
Beatriz. ¿No os acordais, es posible,
de aquella noche terrible...
Correg. Sí, que tuve mucho miedo.
Beatriz. ¿Y con bárbaro placer,
ébrio, y en la sombra oscura
labrásteis mi desventura?
Correg. ¿Qué estais diciendo, muger
de Barrabás? ¡ébrio yo!
Beatriz. Ahora lo quereis negar,
pero os vende este collar
que entre mis manos quedó,
de vuestra infamia testigo.
Correg. ¿Pero qué infamia es la mia?
Beatriz. ¿Direis que no todavía?
Correg. Pues ya se ve que lo digo:
si no os entiendo una jota.
Beatriz. ¡Con qué descaro lo niega!
Correg. No hay mas: hoy el diablo juega
con mi juicio á la pelota.
Beatriz. Si no os mueve el sentimiento
de una desdichada madre,
considerad que sois padre.
Correg. ¡Padre yo! ¿y de qué convento?
Beatriz. Sepa vuestra ingratitud
que de esta horrible aventura
nació...
Correg. ¿El qué?
Beatriz. Una criatura.
Correg. Dios la dé mucha salud.
Beatriz. ¿Qué, no lo creeis?
Correg. ¡Pues ya!
mal la cólera resisto.
Beatriz. Hoy mismo, aqui le habeis visto.

Correg. ¡Oiga!
Beatriz. Es Judas.
Correg. Arre allá.
Si os dió un hijo Lucifer,
¿á qué esa tramoya viene?
dejadlo, que padre tiene
que le pueda mantener.
Beatriz. ¿Eso respondeis?
Correg. ¿Pues no?
Beatriz. Ved que la apariencia miente,
y esta prueba es evidente.
(*Señalando al collar.*)
Correg. ¿Y qué culpa tengo yo,
si con mis joyas robadas
se adorna el diablo iracundo
para andarse por el mundo
haciendo calaveradas?
Beatriz. Ó es mucha vuestra maldad,
ó grande vuestra inocencia.
Si os negais á la evidencia,
dadme esa joya.
Correg. Soltad.
Beatriz. No: con ella por la ley
sabré entraros en razon
y obtendré reparacion.
Correg. ¡Aqui de Dios! ¡y del rey!
os juro que yo no he sido,
que anda en esto Lucifer.
Beatriz. Muy pronto lo hemos de ver.
Diego. (*Entrando.*)
¡Beatriz aqui!
Beatriz. (*Ap. disimulando su turbacion.*)
¡Mi marido!

ESCENA VIII.

DICHOS. DIEGO.

Diego. ¿Pues cómo?
Beatriz. (*Turbada.*) Vine en tu busca...
Diego. Yo vengo de casa huyendo,
pues alli solo estoy viendo

que Satanás me chamusca;
ó que otra vez nos envia
en azufre y pez sahumado
el hijo que se ha llevado.

Beatriz. ¿Y tanto te pesaria?

Diego. Sí, bien está con su padre.

Correg. ¿Pues no sabeis lo que pasa?

Beatriz. (*Bajo al corregidor.*)
Callad.

Correg. (*Id.*) No; la ira me abrasa.
(*Alto á Diego.*)
Que ya pareció la madre.

Diego. ¿Qué escucho? ¡el cielo me acuda!

Beatriz. No es cierto. (*Ap.*) A perderme va.

Diego. ¡Ay Dios mio! ¿y quién será?
¿alguna vieja barbuda?

Correg. (*Señalando á Beatriz.*)
No, miradla.

Diego. (*Separándose*) ¡Mi muger!
pues peor está que estaba.
Ya sospeché yo que andaba
en tratos con Lucifer.

Beatrzi. No lo creais.

Diego. ¡Desdichado!
¡tener en mi matrimonio
por *ad latere* al demonio!
¿Cuál ha sido mi pecado?

Beatriz. (*Con resolucion.*)
¡Eh! ¡basta! acabe mi mal.
Aun cuando á tus manos muera
diré la verdad entera.
No hay aqui nada infernal.
El diablo es ese traidor,
que labró mis desventuras.
(*Señalando al corregidor.*)

Diego. ¡Esas son otras diabluras!
(*Dirigiéndose á él furioso.*)
¡Eh! señor corregidor,
aclare este laberinto,
diga al punto lo que tapa,
que si el diablo se me escapa
un golilla es muy distinto:

y no es justo ni oportuno
que yo aqui de celos rabie,
ni he de permitir me agravie
del diablo abajo ninguno.

Correg. Pero hombre...

Diego. Aclare mis dudas.

Correg. Yo las quisiera entender;
se empeña vuestra muger
en que soy padre de Judas.

Diego. ¡Vos! (*A Beatriz.*) Por San Marcos decíd:
¿y qué pruebas teneis de ello?

Beatriz. (*Enseñando el collar.*)
¡Esta joya, que del cuello
le arranqué en Valladolid
cuando á mi honor se atrevió!

Diego. ¡Qué escucho!

Correg. Está delirando.

Diego. (*Al corregidor.*)
Callad. (*A Beatriz.*) ¿Pero cómo, cuándo
ese caso sucedió?
¿fue en la noche del saqueo?

Beatriz. ¡Ay! sí.

Diego. ¿En mil quinientos veinte?

Beatriz. Sí.

Diego. ¿Calle de San Clemente?

Beatriz. Cierto.

Diego. Ese collar... ¡qué veo!
¿fue un comunero?

Beatriz. Un soldado.

Correg. Ya veis, yo nunca lo he sido.

Beatriz. De la obscuridad valido.

Diego. Y por el vino alentado...

Correg. Yo nunca bebo...

Diego. (*Al corregidor.*) ¡Chiton!
(*A su muger.*)
¿Y tú fuiste la infeliz...

Beatriz. Sí...

Diego. ¡Abrázame, Beatriz!

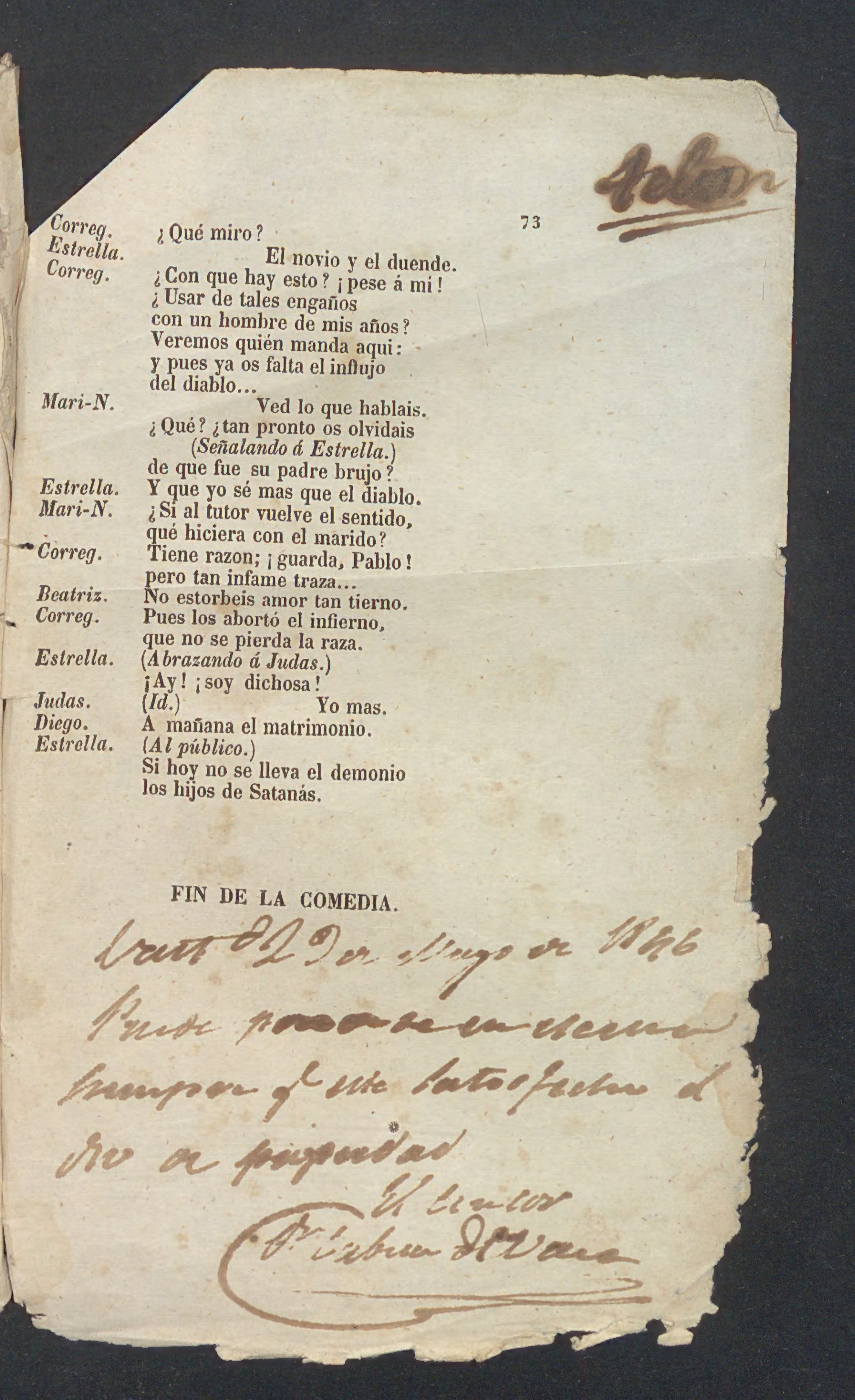
Beatriz. ¡Cómo!

Diego. Yo fuí ese bribon.

Beatriz. ¿Es posible?

Diego. No me gruñas.

Beatriz. ¿Fue tuya esta alhaja?
Diego. Sí.
Correg. Yo en el saco la perdí.
Diego. Y yo la hallé.
Correg. ¡Buenas uñas!
Beatriz. De alegría pierdo el seso.
Mi hijo podrá cariñoso
ver á su padre en mi esposo.
Diego. ¡Eh! poco á poco con eso,
que el diablo nos lo mandó.
Beatriz. Todo ha sido ficcion mia.
Diego. ¿Y la voz?
Beatriz. Yo la fingia.
Diego. ¿Y la carta?
Beatriz. Tambien yo.
Diego. ¿Y para qué?
Beatriz. Un protector
quise darle en mi marido,
y tu genio conocido
no hallé otro medio mejor.
Diego. Bien mi delito he purgado.
Beatriz. ¿Ahora comprendes...?
Diego. Un poco;
mas basta á volverme loco
lo que esta noche ha pasado.
Beatriz. En parte yo lo fragué.
Estrella. (*Saliendo por el fondo.*)
Y yo compliqué el enredo.
Diego. (*Al corregidor.*)
¿No lo digo?
Correg. ¡Absorto quedo!
Mari-N. (*Saliendo por la puerta secreta.*)
Y yo lo facilité.
Diego. ¡La de la elasticidad!
Mari-N. Siempre á serviros dispuesta.
Diego. Tantas gracias: lo que es esta
será bruja de verdad.
Correg. ¡Mari-Nuño!
Mari-N. ¿Aun no comprende?
yo á su amante di favor.
Correg. ¿Qué amante?
Judas. (*Saliendo del cuarto.*) Muy servidor.



Telon

Correg. ¿Qué miro?
Estrella. El novio y el duende.
Correg. ¿Con que hay esto? ¡pese á mí!
¿Usar de tales engaños
con un hombre de mis años?
Veremos quién manda aqui:
y pues ya os falta el influjo
del diablo...
Mari-N. Ved lo que hablais.
¿Qué? ¿tan pronto os olvidais
(*Señalando á Estrella.*)
de que fue su padre brujo?
Estrella. Y que yo sé mas que el diablo.
Mari-N. ¿Si al tutor vuelve el sentido,
qué hiciera con el marido?
Correg. Tiene razon; ¡guarda, Pablo!
pero tan infame traza...
Beatriz. No estorbeis amor tan tierno.
Correg. Pues los abortó el infierno,
que no se pierda la raza.
Estrella. (*Abrazando á Judas.*)
¡Ay! ¡soy dichosa!
Judas. (*Id.*) Yo mas.
Diego. A mañana el matrimonio.
Estrella. (*Al público.*)
Si hoy no se lleva el demonio
los hijos de Satanás.

FIN DE LA COMEDIA.

Valen.a 2 de Mayo de 1846
Puede ponerse en escena
siempre q.e este satisfecho el
dro de propiedad
El censor
Pr. Fabra de Vara

